

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

para Rosemary Clooney

Librodot

1

Un sofocante día de verano, los dos más jóvenes de los cinco hijos de la familia Beevers, Harry y Little Eddie, estaban sentados en el ático de su casa en la calle Seis Sur en Palmyra, Nueva York. Su padre lo llamaba «la habitación de los trastos del piso de arriba», ya que aquel espacio amplio e irregular estaba reservado para las cajas de manteles, los montones de abrigos de niña que se habían quedado pequeños, y los viejos vestidos pasados de moda que Maryrose Beevers había conservado como testimonio de la superioridad de su pasado con respecto a su presente.

Un alto espejo giratorio, un artefacto de la antigua gloria de su madre, revelaba ahora a Harry la nuca de Eddie. Ésta, que parecía más maleable de lo que debería ser una cabeza, una bolita alargada de plastilina cubierta con plumas dispersas, sobresalía por encima del respaldo de la silla de mimbre. A Harry, incluso la nuca de Little Eddie le parecía tensa.

-Escúchame -dijo Harry. Little Eddie tembló en su asiento, y la silla se tambaleó con él-. ¿Crees que me estoy quedando contigo? La tuve el año pasado.

-Bueno, no te mató -dijo Little Eddie.

-Claro que no, yo le caía bien, pequeño idiota. Sólo me pegó un par de veces. Les pegaba a algunos chicos todos los días.

-Pero los maestros no pueden matar a la gente -dijo Little Eddie. Little Eddie, con nueve años, era sólo uno más joven que él, pero Harry sabía que su hermano pequeño le veía como parte del mundo de los adultos, igual que a sus hermanos mayores.

-La mayoría de los maestros no pueden -dijo Harry-. Pero ¿y si viven en el mismo edificio que el director? ¿Y si ganan premios de enseñanza? ¿Y si los otros maestros les tienen miedo? ¿No crees que puede gustarles asesinar? ¿Crees que a alguien le importa realmente un mocoso latoso..., un mocosito como tú? La señorita Franken cogió a ese chaval, al pequeño Tommy Golz, y lo metió en el guardarropa y lo mató allí mismo. Le oí gritar. Al final, sonaba como una especie de borboteo. Estaba intentando chillar, pero había demasiada sangre en su garganta. Nunca salió de allí, y nadie dijo ni pío. Ella lo mató, y va a ser tu señorita el año que viene. Espero que tengas miedo, Little Eddie, porque deberías tenerlo. -Harry se inclinó hacia adelante-. Tommy Golz incluso se parecía a ti.

La cara entera de Little Eddie se retorció como si un relámpago la hubiera surcado.

En realidad, el chico de los Golz había sufrido un ataque epiléptico y lo habían sacado de la escuela, como Harry bien sabía.

-La señorita Franken odia especialmente a los mocosos egoístas que no comparten sus juguetes.

-Yo los comparto -gimió Little Eddie; las lágrimas empezaron a correr por las delicadas manchas de suciedad de sus mejillas-. Todo el mundo coge mis juguetes, por eso.

-Entonces dame tu coche todoterreno -dijo Harry. El coche había sido el regalo de cumpleaños de Little Eddie; tres días antes, se lo había entregado un padre sonriente y una madre refunfuñona-. O se lo diré a la señorita Franken en cuanto entre en el colegio este otoño.

Bajo su capa de mugre, la cara de Little Eddie adquirió casi la misma sombra blanquigrís que su pelo.

Un portazo ominoso subió por la escalera.

-¿Niños? ¿Estáis jugando en el ático? ¡Venga para abajo! -Sólo estamos sentados en las sillas, mamá -gritó Harry.

-¡No os sentéis en esas sillas! ¡Bajad inmediatamente! Little Eddie se bajó de la silla y se preparó a correr.

-Quiero ese coche -susurró Harry-. Y si no me lo das, le diré a mamá que estuviste jugando con sus trajes viejos.

-¡No he hecho nada! -gimió Little Eddie, y corrió hacia la escalera.

-¡Oye, mamá, no rompimos nada, de veras! -chilló Harry. Consiguió unos cuantos minutos de más añadiendo-: Ahora mismo bajo.

Y se puso en pie y se dirigió a la caja de cartón llena de libros interesantes que le habían llamado la atención el día anterior al cumpleaños de su hermano, y que habían sido su objetivo antes de que hubiera recordado al todoterreno y hubiera traído a Eddie arriba a la fuerza.

Cuando, poco después, Harry atravesó la puerta del ático, llevaba un libro encuadernado en rústica. Little Eddie estaba temblando lleno de pena y furia ante la puerta del dormitorio que los dos compartían con su hermano mayor, Albert. Le alargó un cochecito de metal azul que Harry tomó de inmediato y metió en un bolsillo delantero de sus vaqueros.

-¿Cuándo lo recuperaré? -preguntó Little Eddie.

-Nunca -dijo Harry-. Sólo la gente egoísta quiere que le devuelvan los regalos. ¿Es que no sabes nada de nada?

Como Harry estaba a punto de ponerse a gimotear, Harry palmeó el libro que tenía en las manos y dijo:

-Aquí tengo algo que va a ayudarte con la señorita Franken, así que no te quejes.

Su madre le interceptó mientras bajaba la escalera hacia la planta baja de la casita, donde estaban la cocina y el salón, ambos enlosados con linóleo ajado; la «habitación de los trastos» real quedaba separada por una cortina de lana marrón de la pequeña estancia provisional, donde dormía Edgar Beevers, y el dormitorio más grande estaba reservado para Maryrose. A los niños nunca se les permitía dar más que unos pocos pasos en aquella horrible cámara, pues podrían desordenar los misteriosos «papeles» de Maryrose o interferir con las filas de muñecas antiguas que había sobre el alféizar de la ventana, la única y reverenciada distinción arquitectónica de la casa.

Maryrose Beevers estaba de pie junto a la escalera, mirando recelosamente a su cuarto hijo. Nunca parecía una mujer que jugara con muñecas, y tampoco lo parecía ahora. Tenía recogido el pelo en un moño bajo la nuca. El humo de su cigarrillo ascendía y dejaba atrás las grandes gafas como alas de pájaro que ampliaban sus ojos.

Harry se metió la mano en el bolsillo y engarfió los dedos protectoramente en torno al coche todoterreno.

-Esas cosas de ahí arriba son las posesiones de mi familia -dijo ella-. Mostradme lo que habéis cogido.

Harry se encogió de hombros y mostró el libro mientras bajaba y se ponía al alcance de sus golpes.

Su madre se lo arrancó de los dedos y ladeó la cabeza para ver su cubierta a través del humo del cigarrillo.

-¡Oh! Esto es de la caja de libros que hay arriba, ¿no? Tu padre solía pretender que leía libros -bizqueó ante la imagen de la cubierta-. La Hipnosis al alcance de todos. Basura. ¿Quieres leerlo?

Harry asintió.

-No creo que vaya a hacerte daño -negligentemente, le devolvió el libro-. La gente de sociedad lee libros, ya sabes... Yo solía leer mucho antes de quedarme atascada aquí con un atajo de idiotas. Mi padre tenía un montón de libros.

Maryrose casi tocó a Harry en la cabeza. Luego retiró la mano. -Eres mi niño listo, Harry. Eres el que va a conocer mundo.

-Voy a hacerlo tope bien en el cole el año que viene -dijo él. -Bien. Vas a hacerlo muy bien. Siempre que no eches a perder todas las oportunidades que tengas hablando igual que tu padre.

Harry sintió aquel dolor particular compuesto de desprecio, vergüenza y terror que le embargaba cada vez que Maryrose hablaba de su padre de aquella manera. Murmuró algo parecido al asentimiento y dio unos cuantos pasos al lado para pasar junto a ella.

2

El porche de la casa de los Beevers se extendía seis pies a cada lado de la puerta delantera, y era el depósito de los muebles que eran demasiado viejos para ser amontonados en la habitación de los trastos o demasiado humildes para ser elevados al altar del ático. Había una hamaca desvencijada junto a la ventana del dormitorio, a la izquierda de un viejo sofá en imitación de cuero verde que había sido reparado con cinta adhesiva negra; al otro lado de la puerta delantera, por donde salía ahora Harry Beevers, se encontraba una nevera inútil que databa de los primeros días de matrimonio Beevers y dos inestables sillas de campo que Edgar Beevers había ganado jugando a las cartas y que nunca habían llegado a entrar en la casa. De modo no oficial, esta parte del porche pertenecía al padre de Harry, y por tanto tenía una atmósfera completamente distinta, derrotada, desordenada y vergonzosa, distinta del lado de la hamaca y el sofá.

Harry se arrodilló en territorio neutral directamente ante la puerta y se sacó del bolsillo el coche todoterreno. Colocó en el suelo el libro de hipnotismo y pasó el cochecito metálico por encima. Luego le dio un fuerte empujón y contempló cómo el coche chocaba con el suelo. Repitió este movimiento varias veces antes de apartar el libro y tumbarse boca abajo, y luego dio al cochecito un empujón hacia la hamaca y el sofá.

El todoterreno rodó unos pocos metros antes de que una tabla irregular del suelo le hiciera caer de costado y detenerse.

-Coche estúpido -dijo Harry, y lo recuperó.

Le dio un empujón más fuerte hacia el reino de su madre. Una sección espesa y frágil de pintura que se había separado de su tabla se resquebrajó por la mitad y quedó sobre el atascado todoterreno como una baca en miniatura.

Harry quitó el trocito de pintura y envió de nuevo al coche porche abajo, donde volcó otra vez y quedó inmóvil junto a la nevera. El niño recorrió el porche y esta vez simplemente empujó el cochecito de vuelta en dirección a la hamaca. El juguete chocó con el pie de la hamaca y cayó pesadamente. Harry se arrodilló ante la nevera, jadeando.

Notaba rara la cabeza, como si le hubieran metido entre toallas calientes. Se levantó y se dirigió al lugar donde se encontraba el coche. Odiaba el aspecto que tenía, pequeño e indefenso. Experimentalmente, pisó el coche y lo sintió presionando bajo la suela de su mocasín. Harry alzó el otro pie y se colocó encima, pero no sucedió nada. Saltó sobre el juguete, pero el mocasín no era mejor que su pie descalzo. Harry se inclinó para recoger el todoterreno.

-Cochecito estúpido -dijo-. No sirves para nada, porquería inútil.

Le dio la vuelta. Luego, introdujo los pulgares entre la carrocería y uno de los pequeños neumáticos. Al apretar, la rueda se movió. Notó que el rostro se le acaloraba. Presionó con fuerza y la ruedecita negra saltó y cayó entre las altas matas que crecían ante el porche. Jadeando más por la emoción que por el cansancio, Harry sacó la otra rueda delantera. Se dio la vuelta y tiró el coche contra la pared del dormitorio de su padre. Profundas grietas aparecieron en la pintura. Cuando miró el coche, vio que también estaba arañado. Encontró un clavo que sobresalía un cuarto de pulgada de la pared y rayó con él la pintura azul del coche. El metal gris asomó debajo. Harry golpeó varias veces el juguete contra el filo del clavo, arrancando pequeñas cantidades de pintura. Jadeando, arrancó las dos ruedecitas traseras y se las metió en el bolsillo porque le gustaba el aspecto que tenían.

Sin ruedas, arañado y aplastado, el todoterreno había perdido gran parte de su atractivo. Harry lo contempló con amarga y profunda satisfacción, cruzó el porche y lo arrojó a la maleza. El metal gris y la pintura azul brillaron desde el interior de ramas y hojas. Harry se metió las manos en los bolsillos. El coche siguió dando tumbos hasta hacerse invisible.

Cuando Maryrose apareció en el porche, como siempre con el ceño fruncido, Harry estaba sentado tranquilamente en la hamaca, leyendo las primeras páginas del libro.

-¿Qué estás haciendo? ¿Qué ha sido todo ese ruido? -Sólo estoy leyendo. No he oído nada -respondió Harry.

3

-Vaya, pero si es el cagarruta -dijo Albert saltando los escalones del porche treinta minutos más tarde.

Tenía la cara y la camiseta manchadas de grasa negra. Bajo y musculoso, a los trece años, Albert pasaba hasta el último minuto posible en la gasolinera situada a dos manzanas de la casa. Harry sabía que Albert le despreciaba. Albert alzó un puño e hizo un amago, avanzando amenazadoramente hacia Harry, que le esquivó. Albert le golpeaba a menudo, como hacían sus otros dos hermanos mayores, Sonny y George, que ahora estaban en la mili en Oakland y Alemania. Como Albert, sus dos hermanos mayores habían decepcionado seriamente a su madre.

Albert se echó a reír, y esta vez dejó caer el puño a un par de centímetros de la cara de Harry. Al retirarlo, le hizo caer el libro de las manos.

-Gracias -dijo Harry.

Albert sonrió con afectación y desapareció tras la puerta. Casi inmediatamente, Harry pudo oír a su madre empezar a gritar sobre la grasa que tenía Albert en la cara y en las ropas. Albert subió la escalera.

Harry abrió los puños y extendió los dedos, volvió a cerrarlos y luego los abrió de nuevo. Cuando oyó cerrarse la puerta del dormitorio, pudo levantarse de la hamaca y recoger el libro. Tener a Albert cerca le hacía sentirse como un muelle dentro de una caja. Desde la parte superior de la casa, Little Eddie emitió un gemido espectral. Maryrose gritó que iba a darle una tunda si no se callaba, y eso fue todo. Las tres vidas infelices guardaron silencio. Harry se sentó, localizó la página por donde iba y empezó a leer otra vez.

Un tal doctor Roland Mentaine había escrito La Hipnosis al alcance de todos. Su vocabulario era mucho más amplio que el de Harry. El doctor Mentaine usaba palabras como «orquestar», «inefable» y «potenciar», y algunas frases derivaban en tantas cláusulas subordinadas que Harry se perdía. No obstante, y a pesar de que había empezado el libro esperando sólo a medias poder comprender algo, Harry descubrió que era un libro maravilloso. Consiguió llegar hasta el capítulo titulado «Poder Mental».

Harry pensó que era magnífico que el hipnotismo pudiera curarlo a uno de fumar, morderse las uñas y mearse en la cama (él mismo se había meado en la cama hasta pocos meses después de cumplir los nueve años. Dejó de hacerlo una noche, cuando tuvo un sueño la mar de curioso. En el sueño, Harry tenía unas ganas terribles de orinar, y corría por el pasillo de un castillo donde había armaduras y antorchas pegadas a las paredes. Por fin, llegó a una puerta abierta a través de la cual vislumbró el cuarto de baño más espléndido que había visto en su vida. El suelo era de mármol pulido, las paredes de losas blancas. En cuanto entró en el brillante lavabo, un mayordomo uniformado le señaló una fila de orinales. Harry empezó a bajarse la cremallera y se sacó el pene de los calzoncillos justo a tiempo. Cuando la orina del sueño salía de él. Harry afortunadamente despertó). El hipnotismo podía introducirte en la mente de otra persona y hacer cosas allí. Se podía conseguir que una persona hablara en

cualquier lengua extranjera que hubiera oído, aunque sólo hubiera sido una vez, y se podía hacer que actuara como un bebé. Harry consideró lo agradable que sería hacer que su hermano Albert permaneciera tumbado en el suelo, dando berridos y con la cara roja, incapaz de caminar o hablar mientras se meaba encima.

También, y esto era nuevo para Harry, se podía hacer que la gente reviviera toda una serie de vidas que habían vivido antes de nacer bajo la forma de las personas que eran ahora. Este proceso de renacimiento se llamaba reencarnación. Algunos de los pacientes del doctor Mentaine habían sido reyes en Egipto, y piratas en el Caribe, y algunos habían sido asesinos, novelistas y artistas. Recordaban las casas en las que habían vivido, los nombres de sus madres, hijos y criados, y el emplazamiento de las tiendas donde compraban pan y vino. Magnífico, pensó Harry. Se preguntó si alguien que hubiera sido un famoso asesino hacía mucho tiempo recordaría cómo clavaba el cuchillo o había dejado caer el martillo. Harry se había dado cuenta de que muchos de los libros que quedaban en la caja de cartón del ático parecían tratar de asesinatos. Sin embargo, no serviría de nada hacer volver a Albert a una vida anterior.

Si Albert había tenido alguna vida anterior, la había pasado como objeto inanimado del orden de las piedras y los yunques.

Tal vez en otra vida Albert había sido un arma asesina, pensó Harry.

-¡Eh, universitario! ¡Joe universitario!

Harry miró hacia la acera y vio la gorra de béisbol y la camiseta del señor Petrosian, que vivía en una casita junto a la taberna, en la esquina de las calles Seis Sur y Livermore. El señor Petrosian siempre le gritaba cosas divertidas a los chicos, pero Maryrose no dejaba que Harry o Little Eddie hablaran con él. Decía que el señor Petrosian era ordinario como la mugre. Trabajaba de conserje en el edificio de telefónica, y bebía una caja de cerveza todas las noches mientras estaba sentado en el porche de su casa.

-¿Esa mí? -dijo Harry.

-¡Sí! Sigue leyendo libros y podrás ir a la universidad.

Harry sonrió de forma evasiva. El señor Petrosian alzó un ancho brazo y continuó trotando calle abajo hacia su casa junto a la Hora Ociosa.

Segundos después, Maryrose apareció apresuradamente en la puerta, llevando en las manos un viejo paño de cocina.

-¿Quién era? He oído la voz de un hombre.

-El -dijo Harry, señalando a la enorme espalda del señor Petrosian, ahora a mitad de camino de su casa.

-¿Qué dijo?

-Me llamó Joe universitario. Maryrose le sorprendió sonriendo.

-Albert dice que quiere volver a la gasolinera esta noche, y tengo que ir pronto al trabajo. -Maryrose trabajaba como secretaria del turno de noche en el hospital St. Joseph-. Dios sabe cuándo aparecerá tu padre. Ve a comprar algo para que comáis Little Eddie y tú, ¿quieres? Tengo que ocuparme de demasiadas cosas, como de costumbre.

-Compraré algo en Big John's.

Era el nombre de una hamburguesería, un lugar mágico para Harry, erigido el verano anterior en un solar vacante en la calle Livermore, a dos manzanas de la Hora Ociosa.

Su madre le tendió dos billetes de dólar cuidadosamente doblados y él se los metió en el bolsillo.

-No dejes a Little Eddie solo en casa -le dijo su madre antes de volver a entrar-. Llévatelo contigo. Sabes lo mucho que se asusta.

-Claro -dijo Harry, y regresó a su libro.

Terminó el capítulo sobre el «Poder Mental» mientras Maryrose se marchaba para coger el autobús en la parada de la esquina. Albert se fue después. Little Eddie estaba sentado, inmóvil, en el salón, viendo la tele. Harry pasó la página y empezó a leer «Técnicas de hipnotismo».

Librodot

4

Esa noche, a las ocho y media, los dos muchachos estaban sentados solos en la cocina, frente a frente ante la mesa de formica amarillo bambú. Desde el salón llegaba la voz de Sid Caesar farfullando a Imogene Coca en falso alemán en El Show de los Shows. Little Eddie había dicho que tenía miedo de Sid Caesar, pero cuando Harry regresó de la hamburguesería con una Big Johnburger para él y una Mama Marydog para Eddie, doble ración de patatas fritas y dos batidos de chocolate, se lo encontró sentado delante del televisor, con la cara mojada por las lágrimas de enfado. Normalmente a Eddie le gustaban las Mama Marydogs, pero sólo había dado un par de bocaditos a la que tenía delante, y metía desconsoladamente una patata frita en una masa de ketchup. De vez en

- cuando se frotaba los ojos, dejando unos churretes casi simétricos de ketchup secándose en sus mejillas.

-Mamá dijo que no me dejaras solo en casa -acusó Little Eddie-. Lo oí. Fue durante El filo ele la noche, y estabas en el porche. Creo que voy a decírselo -miró a Harry y luego volvió la mirada rápidamente a la patata frita y la sacó de la masa de ketchup-. Me (la miedo quedarme solo en casa.

A veces, la voz de Eddie era como una versión acelerada mecánicamente de la de Maryrose.

-No seas tonto -dijo Harry, casi con amabilidad-. ¿Cómo puede darte miedo estar en tu propia casa? Vives aquí, ¿no?

-Me da miedo el ático -respondió Eddie. Se llevó la patata frita a la boca y la mordió-. El ático hace ruidos -un pequeño salpicón rojo apareció en la comisura de sus labios-. Se suponía que tenías que llevarme contigo.

-Oh, vamos, Eddie, eres muy lento. Sólo quería ir a por la comida, y regresar cuanto antes. Te he traído la cena, ¿no? ¿No te he traído lo que te gusta?

En realidad, a Harry le gustaba ir solo a Big John's porque así podía hablar con Big John y escuchar sus teorías. Big John decía ser un «papista renegado», y consideraba a Hitler el hombre más grande del siglo veinte, seguido de cerca por Pablo VI, el padre Pío, a quien le sangraban las palmas de las manos, y Elvis Presley.

Todos estos hechos ocurrieron en lo que normal pero equívocamente se denomina una época más simple, antes de Kennedy, el feminismo y la ecología antes de la presidencia de Nixon y el Watergate, antes de que los soldados americanos y entre ellos un joven de veintiún años llamado Harry Beevers, viajaran a Vietnam.

-Voy a chivarme -dijo Little Eddie. Metió otra patata en el goterón de ketchup-. Y ese coche era mi regalo de cumpleaños -empezó a lloriquear-. Albert me pegó, y tú me dejaste solo, y me dio miedo. Y no quiero tener a la señorita Franken el año que viene, porque creo que va a hacerme daño.

Harry casi había olvidado lo que le había contado a su hermano sobre la señorita Franken y Tommy Golz, y este recordatorio le trajo claramente a la memoria haber destruido el regalo de cumpleaños de Eddie.

Eddie torció la cabeza y lanzó otra rápida mirada a su hermano.

-¿Puedes devolverme mi todoterreno, Harry? Vas a devolvérmelo, ¿verdad? Si me lo das, no le diré a mamá que me dejaste solo.

-Tu coche está bien -dijo Harry-. Está en una especie de lugar secreto que conozco.

-¡Has roto mi coche! -chilló Eddie-. ¡Lo has roto!

-¡Calla! -gritó Harry, y Little Eddie retrocedió-. ¡Me estás volviendo loco! -aulló. Entonces se dio cuenta de que estaba apoyado sobre la mesa y que Little Eddie estaba a punto de volver a echarse a llorar. Se sentó-. No me grites así, Eddie.

-Le has hecho algo a mi coche -dijo Eddie con sorprendente certeza-. Lo sé.

-Mira, te demostraré que tu coche está bien -dijo Harry, y se sacó del bolsillo las dos ruedas traseras y las mostró en su palma.

Little Eddie abrió los ojos y alargó la mano tentativamente para coger las ruedas.

Harry cerró la mano.

-¿Te parece que les he hecho algo? -¡Las has arrancado!

-Pero ¿no están enteritas? -Harry abrió el puño, lo volvió a cerrar y se metió las ruedas en el bolsillo-. No quiero enseñarte el coche entero, Eddie, porque te excitarías, y me lo diste. ¿Recuerdas? Te he enseñado las ruedas para que veas que todo está en orden. ¿De acuerdo? ¿Lo entiendes?

Eddie sacudió tristemente la cabeza.

-Además, voy a ayudarte como dije.

-¿Con la señorita Franken? -una fracción de tristeza desapareció de la cara churretosa de Little Eddie.

-Claro. ¿Has oído alguna vez hablar de algo llamado hipnotismo?

-Claro que he oído hablar del hipmopismo -respondió enfurruñado Little Eddie-. Todo el mundo sabe lo que es.

-Hipnotismo, idiota, no hipmopismo.

-Claro, hipmopismo. Lo vi en la tele. Lo hicieron en Mientras el mundo gira. Un hombre durmió a una señora y le hizo creer que iba a tener un bebé.

Harry sonrió.

-Eso es sólo televisión, Little Eddie. El hipnotismo real es mucho mejor que eso. He leído sobre el tema en uno de los libros del ático. Little Eddie estaba aún enfadado a causa del coche.

-¿Y por qué es mejor?

-Porque te permite hacer cosas sorprendentes -dijo Harry. Citó al doctor Mentaine-. El hipnotismo abre la mente y te permite usar todo

el poder que posees. Si empiezas ahora, todos los libros serán pan comido cuando empiece otra vez el colegio. Aprobarás todos los exámenes que te ponga la señorita Franken, como hice yo -agarró la muñeca de Little Eddie, deteniendo a una patata gorda en su camino hacia el ketchup-. Pero no sólo te hará bueno en el colegio. Si me dejas intentarlo, estoy seguro de que podré mostrarte que eres mucho más fuerte de lo que crees.

Eddie parpadeó. Harry prosiguió:

-Y apuesto a que puedo hacer que nunca más vuelvas a asustarte de nada. El hipnotismo puede conseguirlo. He leído en el libro que había un tipo que tenía miedo de los puentes. Cada vez que pensaba en cruzar un puente, se quedaba atontado y sudoroso. Le pasaron cosas terribles, como perder el empleo. y una vez que tuvo que cruzar un puente en su coche se cagó en los pantalones. Fue a ver al doctor Mentaine, y el doctor Mentaine le hipnotizó y dijo que nunca volvería a tener miedo de los puentes, y así fue.

Harry se sacó el libro del bolsillo trasero del pantalón. Lo colocó sobre la mesa, lo abrió, y empezó a pasar las páginas.

-Mira. Escucha esto: «Se obtuvieron resultados positivos en todas las áreas de la vida del paciente, unos resultados por los que habría pagado cualquier precio».

Harry leyó entrecortadamente pero comprendiendo por completo.

-¿El hipmopismo puede hacerme fuerte? -preguntó Little Eddie, a quien evidentemente le había llamado la atención ese detalle.

-Fuerte como un toro.

-¿Fuerte como Albert?

-Mucho más fuerte que Albert. Muchísimo más fuerte que yo.

-¿Y podré pegarle a los tipos grandes que me hagan daño?

-Sólo tendrás que aprender a hacerlo.

Eddie saltó de la silla, gritando tonterías. Flexionó sus bíceps como cablecitos y durante un rato retorció el cuerpo en una serie de poses musculosas.

-¿Quieres hacerlo? -le preguntó Harry por fin.

Little Eddie volvió a sentase en su silla y miró a Harry. El cuello de su camiseta le llegaba a la altura del pecho.

-Quiero empezar -dijo Eddie.

-De acuerdo, Eddie, buen tipo -Harry se levantó y cogió el libro-. Subamos al ático.

-Esto... no quiero subir al ático -dijo Eddie. Aún miraba a Harry, pero tenía la cabeza ladeada como si fuera un extraño eco de Maryrose, y sus ojos estaban llenos de recelo.

-No voy a quitarte nada, Little Eddie -dijo Harry-. Lo que pasa es que tenemos que procurar que no nos vea nadie. El ático es muy tranquilo.

Little Eddie se metió la mano en la camiseta y dejó que su brazo colgara de la muñeca.

-Has convertido tu camiseta en un cabestrillo -dijo Harry. Eddie sacó la mano.

-Albert podría entrar metiendo bulla y estropearlo todo si lo hacemos en el dormitorio.

-Sube tú primero y enciende las luces -dijo Eddie.

5

Harry abrió el libro sobre su regazo y miró la carita tensa y sucia de Little Eddie. Había leído muchas veces estas páginas mientras estaba sentado en el porche. El hipnotismo se reducía a unos pocos pasos simples, y cada uno de ellos conducía al siguiente. Lo primero que tenía que conseguir era que su hermano se sentara derecho, «relajado y receptivo», según el libro del doctor Mentaine.

Little Eddie se revolvió en su silla y juntó las manos. Su sombra, proyectada por la bombilla que flotaba encima, le imitó como si fuera un monito negro.

-Quiero empezar, quiero ser fuerte -dijo.

-El libro dice que tienes que estar relajado. Pon las manos sobre los muslos, tranquilo y relajado, con los dedos extendidos hacia adelante. Luego cierra los ojos y respira un par de veces. Piensa en cosas bonitas y prepárate a dormir.

-¡No quiero dormir!

-No es dormir de verdad, Eddie, es algo parecido. Estarás despierto, pero tranquilo y relajado. De otro modo no funcionará. Tienes que hacer todo lo que te diga. De lo contrario, todo el mundo podrá seguir pegándote, como hacen ahora. Quiero que prestes atención a todo lo que diga.

-Vale.

Little Eddie hizo un visible esfuerzo por relajarse. Se puso las manos sobre los muslos e inhaló y exhaló dos veces.

-Ahora cierra los ojos. Eddie cerró los ojos.

Harry supo de repente que aquello iba a funcionar. Si hacía todo lo que decía el libro, podría hipnotizar verdaderamente a su hermano.

-Little Eddie, quiero que escuches el sonido de m¡ voz -dijo, obligándose a guardar la calma-. Ya te estás empezando a sentir tranquilo y relajado, como si estuvieras tendido en la cama, y cuanto más escuches mi voz, más relajado y cansado vas a estar. Nada puede molestarte. Todas las cosas malas están muy lejos, y tú estás sentado aquí, inspirando y expirando, sintiéndote tranquilo y soñoliento.

Comprobó la página para asegurarse que lo estaba haciendo bien, y continuó.

-Es como si estuvieras tumbado en la cama, Eddie, y cuanto más oyes mi voz, más cansado estás, más sueño tienes cada vez que me oyes. Todo lo demás parece muy lejano, y lo único que puedes oír es mi voz.

Te sientes cansado, pero bien, igual que haces antes de quedarte dormido. Todo marcha bien, y te estás quedando dormido, más y más, y estás preparándote para levantar la mano derecha.

Se inclinó hacia adelante y golpeó ligeramente el dorso de la mano derecha de Little Eddie. Eddie permanecía sentado en la silla de mimbre con los ojos cerrados, respirando profundamente. Harry habló muy despacio.

-Voy a contar a partir de diez, hacia atrás, y cada vez que diga un número, tu mano va a pesar cada vez menos. Cuando cuente, tu mano derecha va a volverse tan liviana que flotará, y finalmente te tocará la nariz cuando me oigas decir «uno». Y entonces estarás profundamente dormido. Voy a empezar. Diez. Ya empiezas a sentir ligera la mano. Nueve. Quiere flotar. Ocho. Sientes la mano muy ligera. Va a empezar a subir. Siete.

La mano de Little Eddie, obedientemente, se alzo una pulgada.

-Seis -la manecita sucia subió otros pocos centímetros-. Ahora se vuelve cada vez más liviana, y cada vez que me oigas decir un número se acercará más y más a tu nariz, y tú tendrás más y más sueño. Cinco. La mano subió varios centímetros, acercándose a la cara.

-Cuatro.

La mano flotaba ahora como un pájaro dormido a medio camino entre la rodilla de Eddie y su nariz.

-Tres.

Se acercó a la barbilla.

-Dos.

La mano de Eddie colgó a pocos milímetros de su boca. -Uno. Ahora estás completamente dormido.

El dedo manchado de ketchup tocó delicadamente la punta de la nariz de Little Eddie, y permaneció allí mientras Eddie se hundía contra el respaldo de la silla.

El corazón de Harry latía tan fuerte que temió que el sonido sacara a Eddie de su trance. Eddie permaneció inmóvil. Harry respiró en silenció unos instantes.

-Ahora puedes bajar la mano, Eddie. Te estás sumergiendo más y más en tu sueño. Más y más.

La mano de Eddie bajó graciosamente.

A Harry el ático le parecía caliente como el interior de un horno. Sus dedos dejaban marcas de sudor en las páginas abiertas del libro. Se secó la cara con la manga y miró a su hermano menor. Little Eddie estaba tan hundido en la silla que ya no se veía su cabeza en el espejo. Perfectamente tranquilo y silencioso, el ático los envolvía, esperando a ver qué iba a pasar a continuación (o eso le parecía a Harry). Los viejos vestidos de Maryrose colgaban silenciosos dentro del polvoriento armario. Harry se frotó las manos en los vaqueros para secarlas, y pasó una página con la seguridad de un viejo erudito que se ha pasado media vida en bibliotecas.

- Vas a sentarte derecho en la silla -dijo.

Eddie se enderezó.

-Ahora quiero que demuestres que estás hipnotizado de verdad, Little Eddie. Es como una prueba. Quiero que estires el brazo derecho. Ponlo todo lo rígido que puedas. Eso te demostrará lo fuerte que puede ser.

El pálido brazo de Eddie se alzó y se extendió, dejando los dedos colgando.

Harry se puso en pie.

-Muy bien -dijo. Dio dos pasos hacia Eddie y agarró el brazo de su hermano y le pasó los dedos por encima, apretando suavemente la mano de Eddie-. Ahora quiero que imagines que tu brazo se está volviendo más y más duro. Se está poniendo tan duro y rígido como una barra de hierro. Todo tu brazo es una barra de hierro, y nadie en la Tierra podría doblarlo. Eddie, es más fuerte que el brazo de Superman.

Apartó la mano y dio un paso atrás.

-Bien. Este brazo es tan fuerte y rígido que no puedes doblarlo por mucho que lo intentes. Es una barra de hierro, y nadie en el mundo podría doblarlo. Inténtalo. Intenta doblarlo.

La cara de Eddie se tensó, y su brazo se elevó quizá dos grados. Eddie gruñó haciendo un visible esfuerzo, incapaz de doblar el brazo.

-Muy bien, Eddie, lo has hecho muy bien. Ahora tu brazo se está aflojando, y cuando cuente diez va a volverse más y más flojo. Cuando llegue a uno tu brazo volverá a ser normal.

Empezó a contar hacia atrás, y los dedos de Eddie se aflojaron y cayeron, y por fin el brazo volvió a descansar sobre su pierna.

Harry regresó a su silla, se sentó, y miró a Eddie con gran satisfacción. Estaba seguro que ahora podría hacer la siguiente demostración, que el doctor Mentaine llamaba «El ejercicio de la silla».

-Ahora sabes que esto realmente funciona, Eddie, de modo que vamos a hacer algo un poco más difícil. Quiero que te pongas en pie delante de tu silla.

Eddie obedeció.

Harry se puso también de pie, y adelantó su silla de forma que su asiento quedara a unos cuatro pies de Eddie.

-Quiero que te tiendas entre estas dos sillas, con la cabeza en la tuya y los pies en la mía. Y quiero que tengas las manos en los costados. Eddie se encogió sin una queja y colocó la cabeza en su asiento. Apoyándose con los brazos, alzó una pierna y colocó el pie en la silla de Harry. Luego alzó el otro pie. La dificultad se reflejó inmediatamente en su cara. Alzó los brazos y los juntó como si los tuviera atados.

-Ahora todo tu cuerpo se está volviendo duro como el hierro, Eddie. Tu cuerpo entero es una de las cosas más fuertes del mundo. Nada puede doblarlo. Podrías quedarte así eternamente y no sentir el más mínimo dolor ni incomodidad. Eres tan fuerte que es como si estuvieras tendido en un colchón.

La expresión de esfuerzo desapareció de la cara de Eddie. Lentamente, sus manos se extendieron y se relajaron. Estaba tieso entre las dos sillas, tan tranquilo que ni siquiera parecía respirar.

-Mientras te hablo, te haces más y más fuerte. Podrías aguantar cualquier cosa. Podrías aguantar a un elefante. Voy a sentarme en tu estómago para demostrarlo.

Con cuidado, Harry se sentó en el vientre de su hermano. Alzó las piernas. No pasó nada. Después de contar hasta quince, bajó las piernas y se puso en pie.

-Ahora voy a quitarme los zapatos, Eddie, y me voy a poner de pie encima de ti.

Se acercó a una banqueta de piano tapizada con obsequiosas rosas y la cogió; luego se quitó los mocasines y se subió en lo alto de la banqueta. Mientras Harry pisaba el delgado vientre de Eddie, la silla que soportaba la cabeza de su hermano se tambaleó. Harry se quedó inmóvil durante un instante, pero la silla aguantó. Quitó el otro pie de la banqueta. La silla no se movió. Colocó el otro pie sobre su hermano. Little Eddie le sostuvo sin ningún esfuerzo.

Harry se puso de puntillas y luego se apoyó en los talones. Eddie parecía no afectarse para nada. Luego Harry saltó media pulgada en el aire, y como Eddie ni siquiera gruñó cuando aterrizó, siguió saltando, seis, siete, ocho veces, hasta que empezó a jadear.

-Eres sorprendente, Little Eddie -dijo, y volvió a pasarse a la banqueta-. Ahora puedes empezar a relajarte. Puedes poner los pies en el suelo. Luego, quiero que te sientes de nuevo en tu silla. Tu cuerpo ya no está rígido.

Little Eddie estaba bajando tentativamente un pie, pero en cuanto Harry terminó de hablar, se torció y cayó de culo en el suelo. La silla de Harry (la silla de Maryrose) cayó hacia atrás, pero aterrizó sin ruido sobre un montón de abrigos.

Moviéndose como un robot, Little Eddie se puso lentamente en pie. Tenía los ojos abiertos, pero sin ver.

-Ahora puedes ponerte en pie y volver a tu silla -dijo Harry.

No recordaba haberse bajado de la banqueta, pero lo había hecho. El sudor le corría por los ojos. Se secó la cara con la manga. Durante un segundo, se había dejado llevar por el pánico. Little Eddie caminaba sonámbulo hacia su silla.

Cuando se sentó, Harry dijo:

-Cierra los ojos. Vas a hundirte más y más en tu sueño. Más y más, j Little Eddie.

Eddie se sentó en la silla como si no hubiera pasado nada, y Harry enderezó reverenciosamente su propia silla. Luego cogió el libro y lo abrió. Las letras se movieron ante sus ojos. Harry sacudió la cabeza y volvió a mirar, pero siguió viendo las líneas serpenteando por toda la página (cuando Harry estaba en segundo curso de carrera en la universidad de Adelphi le pidieron que leyera varios poemas de Guillaume Apollinaire, y la aparición de las líneas ondulantes en la página le devolvió a este momento con terrible precisión). Harry se llevó las manos a los ojos, v unas formas rojas explotaron ante su visión.

Se quitó las manos de la cara, parpadeó y descubrió que aunque las letras impresas estaban ahora en su sitio, no quería continuar. Hacía demasiado calor en el ático, se sentía demasiado cansado, y la caída de la silla había estado a punto de causar un desastre. Pero repasó las páginas durante un momento, mientras Eddie continuaba en trance, hasta que encontró la cabecera de «Sugestión posthipnótica».

-Little Eddie, vamos a hacer una cosa más. Nos ayudará a ir más rápido si alguna vez repetimos esto.

Harry cerró el libro. Sabía exactamente cómo continuaba; incluso usaría la misma frase que el doctor Mentaine empleaba con sus pacientes. Rosa azul. Harry no sabía exactamente por qué, pero le gustaba cómo sonaba.

-Voy a decirte una frase, Eddie, y a partir de ahora, cada vez que me oigas decirla, instantáneamente te quedarás dormido y volverás al estado de hipnosis. La frase es «rosa azul». «Rosa azul». Cuando me oigas decir «rosa azul» te quedarás dormido, igual que estás ahora, y podremos volver a hacerte fuerte. «Rosa azul» es nuestro secreto, Eddie. porque nadie más lo conoce. ¿Cómo es?

-Rosa azul -dijo Eddie con voz apagada.

-Muy bien, voy a contar a partir de diez, y cuando llegue a «uno» estarás otra vez completamente despierto. No recordarás nada de lo que hemos hecho, pero te sentirás feliz y fuerte. Diez.

Mientras Harry contaba hacia atrás, Little Eddie se retorció y estiró, dejó que sus brazos colgaran, pisó fuerte con un pie en el suelo y, al oír «uno», abrió los ojos.

-¿Funcionó'? ¿Qué hice? ¿Soy fuerte?

-Eres un toro -dijo Harry-. Se está haciendo tarde, Eddie... es hora de bajar.

La percepción del tiempo de Harry fue lo bastante acertada como para resultar incómoda. En cuanto los dos niños cerraron la puerta del ático oyeron que la puerta principal se abría con una cacofonía de roncas toses y murmullos apagados, seguido del sonido de pasos inseguros que se dirigían al cuarto de baño. Edgar Beevers había vuelto a casa.

6

Aquella noche bien tarde, los tres hijos de los Beevers que aún vivían en casa dormían en camas separadas en la habitación del primer piso junto a la escalera que daba al ático. Justo encima del dormitorio de Maryrose sus dimensiones eran casi idénticas a éste, excepto que la habitación de los muchachos no tenía asiento junto a la ventana y la escalera que conducía al ático se comía una parte a los pies de Harry. Cuando los otros (los chicos vivían en casa, Harry y Little Eddie dormían juntos, Albert lo había hecho con Sonny, y sólo George, que en el momento de integrarse en el ejército medía dos metros y pesaba cien kilos, dormía solo. En

aquellos días, Sonny se las arreglaba a menudo para hacer llorar a Albert en mitad de la noche. Sólo pensar en Sonny hacía que a Harry se le paralizara el estómago.

Aunque ahora era muy tarde, la luz de la calle que se filtraba a través de las delgadas cortinas blancas era suficiente para dibujar sombras complejas sobre los abultados músculos de los brazos de Albert mientras yacía, destapado. Las voces de Maryrose y Edgar Beevers, una aproximadamente sobria y la otra inconfundiblemente ebria, subían claramente por la escalera y atravesaban la puerta abierta.

-¿Quién dice que malgasto el tiempo? Yo no. No malgasto mi tiempo.

-¡Supongo que piensas que has terminado un buen día de trabajo cuando ayudas al camarero un par de horas y luego te bebes el sueldo! Ésa es la historia de tu vida, Edgar Beevers, y es una triste historia llena de tiempo perdido. Si mi padre pudiera ver en qué te has convertido...

-No estoy tan mal.

-Tampoco estás tan bien. -Albert -dijo Eddie en voz baja.

Como galvanizado por la voz de Little Eddie, Albert se sentó súbitamente en la cama, se inclinó hacia adelante y alargó la mano para intentar golpear a Eddie con el puño.

-¡Yo no he hecho nada! -dijo Harry, y se acurrucó en el extremo de su colchón.

Sabía que el golpe había ido dirigido a él, no a Eddie, sólo que Albert era demasiado perezoso para levantarse.

-Odio tus repugnantes tripas -dijo Albert-. Si no estuviera tan cansado para levantarme, te partiría la cara.

-Harry me ha robado el coche que me regalaron por mi cumpleaños, Albert -dijo Eddie-. Haz que me lo devuelva.

-Un día -dijo Maryrose en el piso de abajo-, a finales de verano, cuando tenía diecisiete años, por la tarde, mi padre le dijo a mí madre: «Cariño, creo que voy a sacar a dar un paseo a la pequeña Maryrose y voy a comprarle algo especial». Y me llamó y me dijo que me arreglara, y como mi padre era un caballero y un hombre de palabra, me arreglé en dos minutos. Mi padre llevaba un traje marrón muy bonito, una pajarita roja y su sombrero. Lo recuerdo como si lo viera ahora mismo. Estaba al pie de la escalera, esperándome, y cuando bajé me tomó del brazo y me condujo a la puerta como si fuéramos un par de enamorados. Paseamos por el empedrado, que mi padre había colocado solo aunque era oficinista, y fuimos a la calle Majeski, y luego, cogidos del brazo hasta la avenida de Palmyra Sur. En aquellos días toda la gente importante compraba en la avenida de Palmyra Sur.

-Me gustaría hacer que te tragaras los dientes -le dijo Albert a Harry.

-Albert, me quitó el coche, de verdad, y lo quiero. Temo que lo haya roto. Lo quiero tanto que me voy a morir.

Albert se apoyó en un codo y por primera vez miró a Little Eddie. Eddie gimoteó.

-Eres un capullo -dijo Albert-. Me gustaría que te murieras, Eddie, me gustaría que te cayeras muerto para que pudiéramos enterrarte y olvidarnos de ti. Ni siquiera lloraría en tu funeral. Probablemente ni siquiera podría recordar tu nombre. Sólo diría: «Oh, sí, era aquel niño latoso que solía llorar todo el tiempo, me alegra que esté muerto, se llamara como se llamase».

Eddie le dio la espalda a Albert, y lloró en voz baja. Su cara sucia quedó distorsionada por las sombras hasta convertirse en una extraña imagen de la máscara de la tragedia.

-¿Sabes?, la verdad es que no me importaría nada que te murieras -murmuró Albert-. Ni tú tampoco, cagarruta.

-... me di cuenta de que me llevaba a Alouette's. Estoy segura de que solías mirar sus escaparates cuando eras un niño pequeño. Recuerdas Alouette's, ¿no? No había nada más hermoso que esa tienda. Cuando era pequeña y vivía en la casa grande, toda la gente importante solía ir allí. Mi padre me hizo entrar, rodeándome con el brazo, y me condujo al ascensor y fuimos directamente a la señora encargada del departamento de prendas femeninas.

«Déle lo mejor a mi pequeña», dijo. El precio no importaba. La calidad era lo único que le preocupaba. «Déle lo mejor a mi pequeña.» ¿Me escuchas, Edgar?

Albert roncaba boca arriba en su almohada; Little Eddie se retorcía y aspiraba. Harry se quedó tanto tiempo despierto que pensó que nunca iba a quedarse dormido. Seguía viendo ante él la cara de Little Eddie, torpe y drogada bajo la hipnosis...; la cara de Little Eddie le hacía sentirse caldeado e incómodo. Ahora que estaba acostado, se le antojaba que todo lo que había hecho desde que había regresado de Big John's parecía algo hecho por otra persona, o en un sueño. Luego advirtió que necesitaba ir al cuarto de baño.

Harry se levantó de la cama, cruzó en silencio la habitación, salió al oscuro descansillo y bajó la escalera.

Cuando salió del cuarto de baño, la luz le mostró la forma negra del teléfono colocado sobre la guía de Palmyra. Harry se acercó a la mesita. Alzó el teléfono, cogió la guía de debajo y la abrió con la otra mano. Como había hecho muchas otras noches cuando su vejiga le obligaba a bajar la escalera. Harry escudriñó entre las páginas y buscó un número. Lo conservó en la cabeza mientras cerraba la guía y colocaba el teléfono en su sitio. Lo marcó. La señal sonó tanto que Harry perdió la cuenta. Por fin contestó una voz ronca.

-Te estoy vigilando -dijo Harry-. y eres hombre muerto. Colocó silenciosamente el auricular en la horquilla.

7

Harry se encontró con su padre la tarde siguiente cuando Edgar Beevers empezaba a trasladarse de la calle Seis Sur a la esquina de Livermore. Su padre llevaba sus ropas de costumbre, los pantalones grises apretados por encima de la cintura por una correa con doble hebilla, una camisa a cuadros roja y blanca, y un sombrero de fieltro marrón que siempre le cubría los ojos. Su larga nariz carnosa le abría paso, cortada por la mitad por la sombra del ala del sombrero.

-¡Papá!

Su padre le miró sin sentir ninguna curiosidad y luego se metió las manos en los bolsillos. Se dio la vuelta y siguió caminando calle abajo, aunque tal vez un poco más despacio.

-¿Qué pasa, chico? ¿No hay colegio?

-Es verano y no hay clase. Pensé que podría caminar contigo un rato.

-Bueno, no estoy haciendo nada del otro mundo. Tu madre me dijo que recogiera unas hamburguesas en Livermore, y había pensado entrar en la Hora Ociosa para tomar un traguito. No se lo dirás, ¿no?

-No.

-No eres mal chico, Harry. Tu madre tiene demasiadas preocupaciones. Yo también me preocupo por Little Eddie, a veces.

-Claro.

-¿Y esos libros? ¿Lees mientras paseas?

-Sólo los estaba hojeando -dijo Harry.

Su padre introdujo la mano en el bolsillo de Harry y sacó dos libros con cubiertas chillonas. Se titulaban Mafia, S. A. y Los campos de la muerte de Hitler. Harry estaba loco con aquellos libros. Su padre gruñó y le devolvió Mafia, S. A. Se llevó el otro libro casi a la punta de la nariz y escudriñó la cubierta, donde había una mujer desnuda apretándose contra una cerca de alambre de espino mientras un nazi uniformado la apuntaba con un rifle.

Al mirar a su padre. Harry vio que bajo la brusca línea de sombras arrojadas por el ala del sombrero, su barba crecía de diferentes colores. Negros y marrones, rojos y anaranjados, los pelos brillantes se arremolinaban en sus mejillas.

-Compré este libro, pero no era así -dijo su padre, y le devolvió el libro.

-¿El qué?

-Ese sitio. Dachau. El campo de exterminio.

-¿Cómo lo sabes?

-Estuve allí, ¿no? Tú ni siquiera habías nacido. No se parecía en nada al dibujo del libro. Sólo me pareció un montón de mierda, como la mayoría de los sitios que vi cuando estaba en el ejército.

Esta era la primera vez que Harry oía que su padre había estado en el ejército.

-¿Quieres decir que estuviste en la segunda guerra mundial?

-Sí, estuve en la Grande. Me hicieron cabo y todo. Hasta me pusieron un mote. «Cerebro». «Cerebro» Beevers. Y me dieron el Corazón Púrpura cuando cogí una infección.

-¿Viste Dachau con tus propios ojos?

-Claro que sí, maldición -se agachó súbitamente-. Eh..., no dejes que tu madre te vea leyendo ese libro.

Secretamente complacido, Harry sacudió la cabeza. Ahora el libro y el campo de exterminio eran un lazo entre su padre y él.

-¿Llegaste a matar a alguien?

Su padre se frotó la boca y las dos mejillas con una mano. Harry vio un ojo reflexivo en las sombras del sombrero.

-Maté a un tipo una vez. Una larga pausa.

-Le maté por la espalda.

Su padre volvió a frotarse la boca, y luego señaló hacia adelante con la cabeza. Tenía que ir al bar, a la carnicería, y regresar en un período cuidadosamente definido.

-¿De verdad quieres oírlo? Harry asintió. Tragó saliva.

-Supongo que sí. Bien... nos enviaron a ese campo, Dachau, al final de la guerra, para que liberáramos a los prisioneros y arrestáramos a los guardias y al comandante. Todo estaba dispuesto. Un puñado de generales de división iban a venir a inspeccionar, así que tuvimos que esperar un par de días. Teníamos a los guardias en fila, y aquellos despojos huesudos se acercaban y los acusaban. Nosotros no podíamos dejar que se acercaran demasiado.

Estaban pasando junto a la casita del señor Petrosian, y Harry sintió un espasmo de alivio al ver que el señor Petrosian no estaba en el porche bebiendo su caja de cerveza. La Hora Ociosa se encontraba sólo a unos pocos metros.

-Y entonces, uno de los guardias, uno de los peores, decide de repente que se escapa. Echa a correr como un loco hacia el bosque. ¿Qué hago?, me pregunto. Nadie sabe qué demonios hacer. Dispárale, dice alguien. Así que le disparé por la espalda. Eso fue todo.

Habían llegado a la puerta que conducía a la Hora Ociosa, y el olor a malta y lúpulo llenaba el aire.

-Te veré en casa -dijo su padre, y desapareció tras la puerta como un mago.

8

Después de leer un centenar de páginas de Mafia, S. A. , sus asesinos favoritos fueron Louis Buchalter. «Lepke», y Abe Reles, «Kid Twist». Los dos eran profesionales fiables. Una especie de luz negra los rodeaba y los hacía brillar. Lepke Buchalter y Abe Reles miraban al mundo desde la sombra del ala de sus sombreros. Vivían en habitaciones sombrías y se

asomaban entre cortinas. Aparecían en una esquina oscura ante su aterrorizada víctima, hacían su trabajo y se marchaban subiéndose el cuello de la chaqueta.

«Supón que tienes un trabajo que te permite recorrer todo el país, por ejemplo viajante -pensó Harry mientras leía en el porche-; supón que tienes un trabajo que te permite ir de una ciudad a otra. Supón que mataras a alguien en cada una de esas ciudades, con cuidado y en silencio, y escondes los cuerpos de forma que tarden mucho tiempo en encontrarlos. Tu trabajo no acabaría nunca.»

9

-Rosa azul -dijo Harry.

Little Eddie se hundió en el respaldo del sillón, la boca abierta, las manos en el regazo.

Había funcionado. Harry miró a su alrededor, como si esperara aplausos, y sintió que todas las cosas del ático le miraban aprobando calurosamente. Eran las nueve y media de la noche; Eddie y él, solos en la casa, ocupaban el ático completamente a salvo. Harry quería ver si podía hacer lo mismo con otra gente, pero ahora, de momento se contentaba con experimentar con Eddie.

-Te estás quedando cada vez más profundamente dormido, Little Eddie, cada vez más profundamente dormido, y estás escuchando todo lo que digo. Te hundes en el sueño más y más, oyendo mi voz, hundiéndote cada vez más, y ahora estás profundamente dormido y dispuesto a empezar.

Linde Eddie estaba hundido en el sillón de Maryrose; su barbilla le tocaba el pecho y tenía la boquita abierta. Parecía más pequeño, como si asistiera al segundo curso y no estuviera a punto de empezar cuarto en otoño, cuando asistiera a la clase de la señorita Franken. De repente, le recordó a Harry el coche todoterreno, arañado y abollado, y sin neumáticos.

-Esta noche vamos a ver lo fuerte que eres. Siéntate bien, Eddie. Eddie se enderezó y cerró la boca, obedeciendo de manera casi cómica.

Harry pensó que sería gracioso hacer creer a Little Eddie que era un perro y ponerlo a trotar por el ático a cuatro patas, ladrando y alzando la pata. Entonces vio a Little Eddie titubeando por el ático, sacando la lengua de la boca, apretándose la garganta con sus propias manos. Tal vez también debería intentarlo después de hacer otros ejercicios que había descubierto en el libro del doctor Mentaine. Comprobó el interior del cuello de su camisa por quinta vez aquella tarde, y sintió la afilada punta del alfiler del sombrero que había conseguido robar del dormitorio de Maryrose, después de que ésta se marchara al trabajo, durante una pausa de su lectura de Mafia, S. A.

-Eddie -dijo-, ahora estás profundamente dormido, y harás todo lo que yo te diga. Quiero que estires el brazo derecho.

Eddie sacudió el brazo como si fuera un atizador.

-Muy bien, Eddie. Ahora quiero que notes cómo el brazo se te entumece más y más. Ya no notas ninguna sensación. Ni siquiera parece de carne y hueso. Es como si estuviera hecho de acero o algo por el estilo. Lo tienes tan entumecido que ya no puedes sentir nada en él. Ni siquiera puedes sentir dolor.

Harry se levantó, se acercó a Eddie y pasó los dedos por encima del brazo de su hermano.

-¿Has sentido algo?

-No -dijo Eddie con voz lenta y pastosa.

-¿Sientes algo ahora? -Harry le pellizcó el brazo.

-No.

-¿Y ahora? -Harry usó las uñas para pellizcar con fuerza el bíceps de Eddie y dejó una marca púrpura en la piel.

-No -repitió Eddie.

-¿Y ahora? -golpeó con la mano el brazo de Eddie con todas sus fuerzas.

Hubo un sonido brusco y notó que los dedos le picaban. Si Little Eddie no hubiera estado hipnotizado, habría intentado subirse por las paredes.

-No -dijo Eddie.

Harry sacó el alfiler e inspeccionó el brazo de su hermano.

-Lo estás haciendo muy bien, Eddie. Eres más fuerte que nadie en tu clase..., probablemente eres más fuerte que el resto de la escuela -le dio la vuelta al brazo de Eddie para que la palma quedara hacia arriba, y el blanco antebrazo, ligeramente surcado por venillas azules, le encarara.

Harry pasó delicadamente la punta de la aguja por el pálido antebrazo de su hermano. La punta dejó una marca blanca en su recorrido. Durante un momento, Harry sintió que el suelo del ático ondulaba bajo sus pies; luego cerró los ojos y clavó la aguja en la piel de Little Eddie con todas sus fuerzas.

Abrió los ojos. El suelo aún se movía. Del brazo de Little Eddie sobresalían seis de las ocho pulgadas del alfiler; la perla de su cabeza brillaba tenuemente a la luz de la bombilla. Una gota de sangre del tamaño de una pepita de sandía asomó en la piel de Eddie. Harry regresó a su silla y se sentó pesadamente.

-¿Sientes algo?

-No -repitió Eddie con aquella voz sorprendentemente grave. Harry contempló el alfiler clavado en el brazo de Eddie. La gotita de sangre se ensanchó y empezó a deslizarse lentamente hacia la muñeca del niño. Harry la observó avanzar por el pálido antebrazo de Eddie. Finalmente, se levantó y regresó junto a su hermano. La gota había dejado de moverse. Harry se inclinó y sacudió el alfiler. Eddie no podía sentir nada. Harry rodeó con el índice y el pulgar la brillante cabeza del alfiler. Tenía la cara tan caliente que podría haberse encontrado ante una hoguera. Empujó un poquito más la aguja dentro del brazo de Eddie, y un poco más de sangre brotó de la herida. La hizo moverse adelante y atrás entre los dedos de Harry, como si estuviera respirando.

-De acuerdo -dijo Harry-. De acuerdo.

Agarró con fuerza el alfiler y lo sacó fácilmente de la herida. Harry lo sostuvo ante su cara como un médico sostiene el termómetro para leer la temperatura. Había imaginado que toda la parte inferior de la aguja estaría pintada de rojo, pero vio que sólo había una gotita de sangre adherida a la punta. Durante un segundo aturdidor pensó en meterse el alfiler en la boca y chuparlo hasta dejarlo limpio.

«Tal vez en otra vida fui Lepke Buchalter», pensó.

Se sacó el sucio pañuelo del bolsillo y limpió la sangre de la punta del alfiler. Luego hizo lo mismo con la mancha roja del brazo de Little Eddie. Harry dobló el pañuelo de forma que no se viera la sangre, se secó el sudor de la cara, y se metió el trozo de tela arrugada en el bolsillo.

-Eso ha estado bien, Eddie. Ahora vamos a hacer algo un poco diferente.

Se arrodilló junto a su hermano y alzó el delicado brazo de Eddie.

-Sigues sin sentir nada en este brazo, Eddie. Está completamente entumecido. Está profundamente dormido y no se despertará hasta que yo se lo diga.

Harry colocó la punta del alfiler de forma casi plana contra el brazo de Eddie. Lo empujó hacia adelante lo bastante para levantar una arruga de carne. La punta del alfiler se hundió en la piel de Eddie, pero no la quebró. Harry empujó con más fuerza, y la aguja elevó el bultito de piel una cantidad pequeña pero apreciable.

Atravesar la piel era mucho más difícil de lo que nadie podría imaginar.

El alfiler estaba empezando a lastimarle los dedos, de modo que Harry abrió la mano y colocó la punta de la aguja en la base de su dedo medio. Sonriendo, empujó la aguja. La punta afloró al otro lado de la arruga.

-Eddie, estás hecho de hierro -dijo Harry, e hizo retroceder la cabeza de la aguja.

La arruga se alisó. Harry volvió a empujarla, hundiéndola más y más bajo la superficie de la piel de Little Eddie. Pudo ver la línea elevada del alfiler hundiéndose en el brazo de su hermano, tan prominente como el daño hecho a un césped de dibujo animado por un conejo de dibujo animado. Cuando la perla de la cabeza quedó a unas tres pulgadas del agujero de entrada. Harry la empujó, alzando así la punta del alfiler, que apareció al otro extremo del bultito, a través de un borbotón de sangre. Harry empujó la aguja más profundamente. Ahora el metal gris asomaba una pulgada y media en ambos extremos de la piel.

-¿Sientes algo?

-Nada.

Harry sacudió la cabeza del alfiler y un borbotón de sangre manó de la herida de entrada y empezó a deslizarse por el brazo de Eddie. Harry se sentó en el suelo junto a Eddie y contempló su trabajo. Su mente parecía placenteramente vacía de todo pensamiento, llena sólo con una variedad de sensaciones. Sentía, pero no podía oír un zumbido en su cabeza, y una película borrosa parecía cubrir sus ojos. Respiraba por la boca. El largo alfiler que atravesaba el brazo de Little Eddie parecía por una parte monstruoso; por otra, era absolutamente hermoso. Piel, sangre y metal. Harry nunca había visto antes nada parecido. Estiró la mano y retorció el alfiler, haciendo que otro pequeño caracol de sangre se arrastrara por el orificio de salida. Lo veía todo a través de un cristal empañado, pero no le importaba. Sabía que sólo era mental. Tocó otra vez la cabeza del alfiler y la movió de lado a lado. Un poco más de sangre brotó por ambos pinchazos. Luego lo empujó, y después lo retiró parcialmente de modo que la punta casi desapareció en el brazo de Eddie, y volvió a empujar, y otra vez a sacarlo durante un rato, como si estuviera cosiendo a su hermano.

Finalmente, sacó el alfiler del brazo de Eddie. Dos largas líneas de sangre casi habían alcanzado la muñeca de su hermano. Harry se llevó las manos a los ojos, parpadeó, y descubrió que su visión se había aclarado.

Se preguntó cuánto tiempo llevaban en el ático. Podrían haber pasado horas. No podía recordar del todo qué había hecho antes de clavar el alfiler en la piel de Eddie. Ahora su confusión era realmente mental, no visual. Las sienes le latieron incómodamente. Una vez más, limpió la sangre del brazo de Eddie. Luego se incorporó, tambaleándose, y regresó a su silla.

-¿Cómo sientes el brazo, Eddie?

-Entumecido -dijo Eddie con su grave voz de sueño.

-El entumecimiento está desapareciendo ahora. Muy, muy lentamente. Estás empezando a notar el brazo, y te sientes muy bien. No hay dolor. Lo sientes como si lo hubieras tenido al sol toda la tarde. Es fuerte y sano. Vuelves a sentir el brazo, y puedes mover los dedos y todo.

Cuando terminó de hablar, Harry se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Se pasó la mano por la frente y se secó el sudor con la camisa. -¿Cómo sientes el brazo? -preguntó sin abrir los ojos.

-Bien.

-Magnífico, Little Eddie.

Harry se llevó las manos a la cara sonrojada, se frotó las mejillas y abrió los ojos.

«Puedo hacer esto todas las noches -pensó-. Puedo traer aquí arriba a Little Eddie todas las noches, al menos hasta que empiece el colegio.»

-Eddie, te vuelves más y más fuerte cada día. Esto te está ayudando de veras. Y cuanto más lo hacemos, más fuerte te vuelves. ¿Me entiendes?

-Te entiendo.

Librodot

-Casi hemos terminado por hoy. Sólo hay una cosa más que quiero intentar. Pero tienes que estar profundamente dormido para que funcione. Así que relájate. Te estás quedando profundamente dormido, relajado y dispuesto. Te sientes bien.

Little Eddie se sentó en su silla con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. En su brazo derecho se marcaban dos pequeñas gotas de sangre, como picaduras de mosquito.

-Cuando te hable, Eddie, vas a ir haciéndote lentamente más joven, más y más joven, vas a retroceder en el tiempo, de modo que ahora ya no tienes nueve años, tienes ocho, es el año pasado y estás en tercero, y ahora tienes siete, y ahora tienes seis..., y ahora tienes cinco, Eddie, y es el día de tu cumpleaños. Hoy cumples cinco años, Eddie. ¿Qué edad tienes?

-Cinco años.

Para sorpresa y placer de Harry, la voz de Little Eddie parecía efectivamente más infantil, al igual que su postura en la silla.

-¿Cómo te sientes?

-No muy bien. Odio mi regalo. Es horrible. Lo ha traído papá, y mamá dice que no puede entrar en casa porque es basura. No quiero cumplir más años. Voy a llorar.

Su cara se contrajo. Harry intentó recordar qué le habían regalado a Eddie por su quinto cumpleaños, pero no pudo..., sólo logró recordar vagamente la sensación de vergüenza y decepción.

-¿Qué te han regalado, Eddie? Con voz rasgada, Eddie contestó:

-Una radio. Pero está toda rota y mamá dice que parece que ha salido del basurero. No la quiero. Ni siquiera quiero verla.

Sí, pensó Harry, sí, sí, sí. Podía recordarlo. El día que Little Eddie cumplió cinco años, Edgar Beevers apareció con una radio de plástico amarilla que, había parecido insoportablemente fea incluso a Harry. El dial estaba roto, y estaba toda llena de marcas circulares de color marrón donde alguien había aplastado las colillas de sus cigarrillos.

La radio había sido enterrada en la habitación de los trastos, donde yacía bajo otras capas geológicas de basura.

-De acuerdo, Eddie, puedes olvidar la radio ahora, porque vuelves a retroceder en el tiempo, eres más joven, ahora tienes cuatro años. y ahora tienes tres.

Miró con interés a Little Eddie, cuya entera disposición había cambiado. Eddie, que había lloriqueado infeliz, mostraba ahora una alegría que Harry no recordaba haber visto nunca en él. Tenía los brazos doblados sobre el pecho. Sonreía, y sus ojos eran brillantes, claros e infantiles. -¿Qué es lo que ves? -preguntó Harry.

-Mami-ma-mi-mami.

-¿Qué está haciendo?

-Mami está en su mesa. Está fumando y mira sus papeles. -Eddie se rió-. Qué graciosa. Parece que el humo le sale por la cabeza. -Eddie encogió la cabeza y escondió su sonrisa con una mano-. Mami no me ve. Yo la veo, pero ella no me ve a mí. ¡Oh! ¡Mami trabaja mucho! ¡Trabaja mucho en su mesa!

La sonrisa de Eddie abandonó su cara bruscamente. Su cara se paralizó de repente en una cómica ausencia de expresión; luego sus ojos se ensancharon de terror y su boca se abrió temblorosamente.

-¿Qué pasa? -Harry notaba la boca seca.

-¡No, mami! -gimió Eddie-. ¡No, mami! No estaba espiando, no, lo prometo... -sus palabras se convirtieron en un alarido-. ¡NO, MAME ¡NO! ¡NO, MAME!

Eddie se puso en pie, derribando la silla, y corrió a ciegas por el ático. Harry escuchó un brusco ¡crack! de madera rompiéndose, pero era sólo una pequeña parte de todo el ruido que Eddie estaba haciendo mientras corría por el ático. Eddie había tropezado con los trajes colgados, y al intentar zafarse de ellos se había enmarañado más, y ahora intentaba abrirse camino entre la telaraña de vestidos y había derribado algunos de la percha. Un vestido púrpura de manga larga con un enorme lazo en el cuello se había reliado en torno a Eddie como una fantasmal pareja de baile, y otro vestido, éste violeta, serpenteaba en su pierna derecha. Eddie

chilló otra vez y se liberó. Todos los trajes temblaron y se volcaron en una loca mezcla de sonido.

-¡NO! -chilló-. ¡SOCORRO!

Eddie corrió directamente hacia una viga de madera que marcaba uno de los aleros, chocó y retrocedió hacia Harry. Éste sabía que su hermano no podía verle.

-Eddie, ¡alto! -ordenó, pero Eddie no le escuchaba.

Intentó detenerle rodeándolo con los brazos, pero Eddie chocó contra él, golpeándole el pecho con el hombro y la barbilla con la cabeza. Los brazos de Harry se cerraron sobre la nada y los ojos se le enturbiaron. Eddie chocó contra el espejo, que se volcó. Harry lo vio caer hacia el suelo con lentitud digna de un sueño. Luego, en un parpadeo, se rompió. Los cristales rotos se esparcieron por el suelo del ático.

-¡ALTO! -gritó Harry-. ¡ESTATE QUIETO, EDDIE!

Eddie se detuvo. El traje de terciopelo rojo, sucio y roto, aún se aferraba a su pierna derecha. La sangre le corría por las sienes a causa de un feo corte que se había hecho encima del ojo. Respiraba con dificultad, soltando aire con exhalaciones entrecortadas por los sollozos.

-¡Mierda! -dijo Harry, mirando a su alrededor.

En sólo unos segundos Eddie había conseguido crear una devastación absoluta. Los viejos vestidos de Maryrose yacían esparcidos en desorden; las pisadas de Eddie se extendían como una explosión de mudos colores por encima de ellos. La percha, al caer, había derribado una sección del tamaño de un plato de mesa de café redonda que Maryrose había apreciado particularmente por estar hecha de teca («un trozo único de teca, la madera más rara del mundo, importada directamente de Ceilán»). El apreciado espejo yacía roto en cientos de trozos por todo el suelo. Con creciente horror, Harry vio que el marco de madera se había roto como un hueso, mostrando una fractura blanca y sorprendente en la extensión de manchas oscuras.

La sangre de Harry se le heló en las venas, haciéndole casi caer al suelo, como el espejo.

-¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Se dio la vuelta muy despacio. Eddie, a su lado, lloraba inútilmente por la sangre que corría por su frente y cubría ahora la mayor parte de su mejilla izquierda. Parecía un indio pintado para la guerra: un indio perdido y derrotado, pues sus ojos eran oscuros y movía la cabeza sin propósito de un lado a otro.

A pocos pasos de Eddie estaba el sillón en el que se había sentado. Uno de sus brazos de madera yacía al lado, roto. Parecía la pata de un insecto, pensó Harry, como una pistola de juguete.

Por un momento Harry pensó que también tenía la cara manchada de sangre. Se pasó la mano por la frente y se miró la palma brillante. Sólo era sudor. El corazón le latía como una campana. A su lado, Eddie dijo:

-Aaah... ¿qué...?

La herida que tenía en la cabeza le había sacado del trance.

Los vestidos estaban estropeados, pisoteados, enmarañados, rotos. El espejo, hecho añicos. La mesa había sido mutilada. El sillón de mimbre de Maryrose yacía de lado como la víctima de un asesinato, su brazo cortado terminaba en una cerda de ligamentos cercenados.

-Me duele la cabeza -dijo Eddie con voz débil y temblorosa-. ¿Qué ha pasado? ¡Ah! ¡Estoy lleno de sangre! ¡Estoy todo lleno de sangre, Harry!

-¿Estás lleno de sangre, estás lleno de sangre? -le gritó Harry-. ¡Todo está lleno de sangre, idiota! ¡Mira a tu alrededor! -No reconocía su propia voz, que sonaba alta y débil y parecía surgir de otra persona.

Little Eddie se apartó de él, y Harry quiso agarrarlo, golpearle la cabeza hasta aplastarla, destruirlo, destrozarlo...

Eddie se miró la mano manchada de sangre. Se la limpió frotándola vagamente en la camiseta y dio otro paso vacilante.

-Tengo miedo, Harry -musitó su vocecita.

-¡Mira lo que has hecho! -gritó Harry-. ¡Lo has destrozado todo! ¡Maldita sea! ¿Qué crees que nos va a pasar?

-¿Qué va a hacer mamá? -preguntó Eddie con voz sólo ligeramente superior a un susurro.

-¿No lo sabes? -aulló Harry-. ¡Estás muerto! Eddie empezó a llorar.

Harry cerró los puños y los ojos. Los dos estaban muertos, ésa era la verdad. Harry abrió los ojos, que sentía calientes y extrañamente pesados, y miró a su lloroso hermano menor.

-Rosa azul -dijo.

10

Las manos de Little Eddie cayeron a los lados. Su barbilla se hundió, y abrió la boca. La sangre corrió en un amplio surco por su cara, rebosó su mandíbula y siguió bajando por su cuello y su camiseta. La sangre manaba de su ceja izquierda y goteaba en el suelo, como si fuera una espita.

-Vas a dormir profundamente -dijo Harry. ¿Dónde estaba el alfiler? Miró la única silla que quedaba en pie y vio la perla brillando en el suelo, a su lado-. Todo tu cuerpo está entumecido -se acercó al alfiler, se inclinó y lo recogió. Notó caliente la punta de metal entre sus dedos-. No puedes sentir ningún dolor -regresó junto a Eddie-. Nada puede lastimarte. ¿Me oyes?

En su lenta y grave voz de hipnotizado, Little Eddie dijo:

-Te oigo.

-¿Y no sientes ningún dolor?

-No siento ningún dolor.

Harry echó el brazo hacia atrás, la punta del alfiler sobresaliendo de su puño, y luego lanzó la mano hacia adelante con todas sus fuerzas y clavó el alfiler en el abdomen de Eddie a través de la camiseta empapada de sangre. Exhaló bruscamente y saboreó lo amargo de su aliento. -No sientes nada.

-No siento nada.

Harry abrió la mano derecha y apretó con la palma la cabeza del alfiler, clavándolo otros pocos milímetros. Little Eddie parecía un muñeco vudú. Una especie de luz chisporroteante le rodeaba. Harry agarró la cabeza del alfiler con los dedos y la sacó. La alzó y la inspeccionó. Una luz rutilante rodeaba también al alfiler. La larga aguja estaba pintada de sangre. Harry se la llevó a la boca y cerró los labios en torno al metal caliente.

Se vio a sí mismo, un hombre en otra vida, de pie, en una fila con hombres como él en un paisaje gris delimitado por alambre de espino. Gente demacrada vestida de harapos los rodeaba y les escupía. El olor de la carne muerta y calcinada flotaba en el aire. Entonces la visión desapareció, y tuvo de nuevo delante a Little Eddie, rodeado de luz deslumbrante.

Harry sonrió o hizo una mueca, no podría explicar la diferencia, y clavó profundamente el largo alfiler en el estómago de su hermano. Eddie musitó un pequeño uuf.

-No sientes nada, Eddie -susurró Harry-. Te sientes muy bien. Nunca te habías sentido mejor en toda tu vida.

-No me he sentido mejor en toda mi vida.

Harry sacó lentamente la aguja y la limpió con sus dedos.

Podía recordar todo lo que había oído decir sobre Tommy Golz.

-Ahora vamos a jugar a algo muy, muy divertido -dijo-. Se llama juego de Tommy Golz porque va a salvarte de la señorita Franken. ¿Estás preparado?

Harry guardó con cuidado el alfiler en el cuello de su camisa sin dejar de contemplar la figura ensangrentada de Eddie. Bandas vibrantes de luz golpeaban rítmica y firmemente alrededor de la cara de Eddie.

-Preparado -contestó el niño.

-Voy a darte tus instrucciones ahora, Little Eddie. Presta atención a todo lo que yo diga y todo saldrá bien. Todo saldrá bien..., siempre y cuando hagas exactamente lo que yo te diga. Comprendes, ¿verdad?

-Comprendo.

-Repíteme lo que acabo de decir.

-Todo va a salir bien, siempre y cuando haga exactamente lo que tú digas -un goterón de sangre se deslizó por la ceja de Eddie y cayó sobre su ya empapada camiseta.

-Bien, Eddie. Lo primero que tienes que hacer es caerte..., no ahora, cuando yo te diga. Voy a darte todas las instrucciones, y luego voy a contar hacia atrás a partir de diez, y cuando llegue a uno empezarás a jugar. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Así que primero te caes, Little Eddie. Te caes bien fuerte. Luego viene lo divertido del juego. Te golpeas la cabeza contra el suelo. Empiezas a volverte loco. Te retuerces y golpeas las manos y los pies contra el suelo. Lo haces durante un largo rato. Supongo que puedes seguir haciéndolo hasta que cuentes cien. Echas espuma por la boca, te retuerces. Luego te estiras, después te contraes, te estiras, y te contraes otra vez, y mientras tanto golpeas la cabeza, las manos y los pies contra el suelo. Luego, cuando termines de contar cien en tu cabeza, haces lo último. Te tragas la lengua. Y ése es el juego. Cuando te tragues la lengua, habrás ganado. Y entonces nada malo podrá sucederte, y ni siquiera la señorita Franken podrá hacerte el menor daño.

Harry dejó de hablar. Le temblaban las manos. Después de un instante, se dio cuenta de que también temblaba por dentro. Alzó los dedos hasta el cuello de la camisa y palpó el alfiler.

-Dime cómo ganarás el juego, Little Eddie. ¿Qué es lo último que harás?

-Tragarme la lengua.

-Muy bien. Y entonces ni mamá ni la señorita Franken podrán hacerte daño, porque habrás ganado el juego.

-Bien -dijo Little Eddie. La luz brillaba sobre él.

-Vamos a empezar a jugar -dijo Harry-. Diez -se dirigió hacia la escalera-. Nueve -llegó hasta ella-. Ocho.

Bajó un peldaño.

-Siete -Harry bajó otros dos escalones-. Seis -cuando bajó otros dos escalones, anunció, con voz ligeramente más fuerte-: Cinco.

Su cabeza había rebasado ya el nivel del suelo del ático y no podía ver a Little Eddie. Todo lo que podía oír era el goteo ocasional de la sangre golpeando el suelo.

-Cuatro.

-Tres.

-Dos.

Estaba ya en la puerta. Harry la abrió, la franqueó, inspiró profundamente y gritó:

-¡Uno!

Oyó un golpe secó, y luego cerró rápidamente la puerta tras él. Harry cruzó el pasillo y se dirigió al dormitorio. Parecía haber una extraña ausencia de luz en el pasillo. Durante un segundo vio (estaba seguro que había visto) una línea de árboles oscuros al otro lado de un muro de alambre de espino. Harry cerró también esta puerta tras él, se dirigió a su cama y se sentó. Podía sentir la sangre golpeándole en la cara; sus ojos parecían extrañamente cálidos,

como si los estuvieran calentando con unos filamentos. Lenta, casi reverentemente, Harry sacó el alfiler de su camisa y lo colocó sobre la almohada.

-Cien -dijo-. Noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete, noventa y seis, noventa y cinco, noventa y cuatro...

Cuando llegó a «uno», se levantó y salió del dormitorio. Bajó rápidamente la escalera sin mirar la puerta que conducía al ático. Ya en la planta baja, se introdujo en el cuarto de Maryrose, se encaminó a su mesa y abrió el cajón superior a mano derecha. Sacó de su interior una caja forrada de terciopelo. La abrió y metió dentro el alfiler de sombrero, junto con otros alfileres de todo tamaño y descripción, de donde lo había sacado. Volvió a guardar la caja en su sitio, cerró el cajón, salió rápidamente de la habitación y subió la escalera.

De vuelta a su propio dormitorio, Harry se desnudó y se metió en la cama. Aún le ardía la cara.

Tuvo que quedarse profundamente dormido, porque lo siguiente que supo fue que Albert entraba en el cuarto, arrojando las ropas y las botas por toda la habitación.

-¿Estáis dormidos? -preguntó Albert-. Habéis dejado la luz del ático encendida, atajo de estúpidos, pero si creéis que voy a salvar vuestros puñeteros culos y subir a apagarla, sois aún más estúpidos de lo que parece.

Harry tuvo mucho cuidado de no mover un solo dedo, ni un cabello. Contuvo la respiración mientras Albert se tumbaba en la cama, y cuando la respiración de éste se hizo más lenta y relajada. Harry también se quedó dormido. No se despertó de nuevo hasta que oyó a su padre, medio gritando medio sollozando en el ático, y ya era muy tarde.

11

Sonny vino de Fort Sill, y George hizo lo mismo desde Alemania. Entre los dos, sostuvieron a un embrutecido Edgar Beevers ante la tumba, mientras un sacerdote, a quien Harry no había visto nunca, leía una Biblia tan gastada y resquebrajada como un zapato viejo. Entre sus dos hijos mayores, el padre de Harry parecía anciano y encorvado, un viejo delgado a sólo unos pocos pasos de su propia tumba. Harry vio que Sonny y George despreciaban a su padre: le sostenían por tolerancia, en parte porque habían gastado treinta dólares cada uno para comprarle un traje y no querían que se cayera con su dueño dentro de la tumba. Su barba resplandecía al sol, y la humedad brillaba bajo sus ojos y las comisuras de su boca. Había temblado demasiado para que Sonny y George pudieran afeitarle, y sólo pudo moverse en línea recta después de que George le hiciera beber un par de tragos de una petaca forrada de cuero que sacó de su bolsa de lona.

El sacerdote murmuró unas pocas palabras sabias sobre el tema de la epilepsia.

Sonny y George, con sus uniformes, parecían sólidos como paredes de ladrillo, como guardias de prisión o como prisiones en sí. Junto a ellos, Albert parecía encogido y sin acabar de hacer. Albert llevaba la chaqueta sport verde con la que se había graduado de octavo curso, y sus muñecas sobresalían, rojas y prominentes, unos centímetros por fuera de las mangas. Sus botas de motociclista eran visibles bajo sus pantalones gris claro pero, al igual que la chaqueta verde, habían perdido su brillo. Como el propio Albert. Desde el descubrimiento del cuerpo de Eddie, Albert había deambulado por la casa como si acabara de morderse la punta de la lengua y estuviera decidiendo si escupirla o no. Nunca miraba a nadie a los ojos, y rara vez hablaba. Albert actuaba como si le hubieran colocado en mitad del pecho un gigantesco candado y no se atreviera a quitárselo. No había hecho a Sonny ni a George una sola pregunta

sobre el ejército. De vez en cuando murmuraba algo sobre la gasolinera, de forma tan apagada, que nunca provocaba ninguna respuesta.

Harry miró a Albert, que estaba de pie junto a su madre, con las manos entrelazadas y mirando fijamente el metro cuadrado de tierra abierta ante él. Al darse cuenta de que le estaba observando, Albert miró a Harry, y entonces hizo algo extraordinario. Albert se quedó paralizado. Parecía tan incapaz de ver u oír como una estatua. «Está así porque le dijo a Little Eddie que deseaba que se muriese», pensó Harry por décima o undécima vez desde que se había dado cuenta, cada vez más sorprendido. ¿Estaba mintiendo entonces?, se preguntó Harry. Y si realmente deseaba que Little Eddie se muriera, ¿por qué no está feliz ahora? ¿No tiene lo que quería? Mientras contemplaba a su hermano con los ojos fijos en el suelo, Harry pensó que Albert nunca escupiría aquel trozo de lengua.

Harry miró a su padre, aún apuntalado entre George y Sonny. Oyó que el sacerdote por fin alcanzaba el final de su discurso y echó una rápida ojeada a su madre. Maryrose, con su vestido negro y sus gafas de sol oscuras, se alzaba muy tiesa, agarrada a las dos asas de su bolso. A excepción del color de su ropa, podría haber sido la espectadora de un partido de tenis. Harry supo, por el aspecto de su cara, que estaba deseando fumar.

«Se muere por un cigarrillo -pensó-, ja, ja..., el Monstruo Serio, es una tumba en el cementerio.»

El sacerdote terminó de hablar, e hizo un gesto retórico con las manos. El ataúd, suspendido por las cuerdas, se hundió en la tierra. El padre de Harry empezó a llorar en voz alta. Primero George, luego Sonny, cogieron puñados de tierra y los dejaron caer sobre el ataúd. Edgar Beevers estuvo a punto de caerse en el hoyo detrás de su puñado de tierra, pero George lo sostuvo desdeñosamente. Maryrose avanzó, se inclinó, y recogió con dos dedos un poco de tierra como si utilizara pinzas, lo arrojó, y se dio la vuelta antes de que cayera. Albert clavó los ojos en Harry: su propio terrón se le había deshecho entre los dedos. Harry sacudió la cabeza diciendo que no. No quería dejar caer tierra sobre el ataúd de Eddie y hacer ese ruido. No quería volver a mirar el ataúd de Eddie. Ya había bastante tierra alrededor para hacer el trabajo sin golpear aquella caja de metal como si intentara llamar al timbre de Eddie. Dio un paso atrás.

-Mamá dice que tenemos que volver a casa -dijo Albert. Maryrose encendió un cigarrillo en cuanto subió al coche negro que había alquilado para el funeral, y exhaló humo ocre sobre todo el mundo apiñado en el asiento trasero. El coche dio la vuelta en un patio estrecho y giró hacia el camino principal que conducía a la puerta.

En el asiento delantero, hundido junto al conductor, Albert apoyaba la cabeza contra la ventanilla, manchando de lágrimas el cristal.

-¿Cómo es posible, en nombre de Dios, que Little Eddie sufriera epilepsia sin que nadie lo supiera? -preguntó George.

Albert se enderezó y miró por la ventana.

-Bueno, la epilepsia es así -dijo Maryrose-. Eddie podría haber vivido años sin tener un ataque.-

El hecho de que trabajara en un hospital siempre daba a sus observaciones de este tipo una gravedad única, casi como si fuera médico.

-Debe de haber sido un ataque bien fuerte -dijo Sonny, apretujado entre Harry y Albert.

-Epilepsia -dijo Maryrose, y dio otra ansiosa calada al cigarrillo.

-Pobre bastardo -dijo George-. Lo siento, mamá.

-Sé que estás en las fuerzas armadas, y que los militares suelen hablar con mucha libertad, pero desearía que no usaras ese tipo de lenguaje en mi presencia.

Harry, apretujado contra Sonny, sintió que el cuerpo de su hermano se retorcía con una risa oculta, aunque su cara no se alteró.

-He dicho que lo sentía, mamá -dijo George.

Librodot

-Sí. ¡Conductor! ¡Conductor! -Maryrose se inclinó hacia adelante, palmeando con una garra el hombro del chofer-. Livermore es la siguiente a la derecha. ¿Sabe dónde está la calle Seis Sur?

-Les llevaré allí -contestó el conductor.

«Ésta no es mi familia -pensó Harry-. Vengo de otro sitio y mis reglas son diferentes a las suyas.»

Su padre musitó algo inaudible en cuanto llegaron a la puerta y desapareció tras las cortinas de su habitación. Maryrose guardó las gafas de sol en su bolso y se dirigió a la cocina para calentar el café y la cacerola con los macarrones que había dejado preparados por la mañana. Sonny y George entraron en el salón y se sentaron en extremos opuestos del sofá. No se miraron. George cogió un Reader's Digest de la mesa y empezó a hojearlo de atrás hacia adelante, y Sonny cruzó las manos y se miró los pulgares. Los pasos de Albert subieron la escalera, cruzaron el pasillo y entraron en el dormitorio.

-¿Qué estás haciendo en la cocina? -preguntó Sonny, hablándole a sus manos-. No va a venir nadie. Nunca ha venido nadie, porque ella no ha querido.

-Albert se lo está tomando muy mal, Harry -dijo George. Apoyó la revista en los estirados pliegues de su uniforme y miró a su hermano menor. Harry se había sentado junto a la puerta, lo más apartado posible. Las atenciones de George le asustaban, aunque George se había comportado con bastante amabilidad desde que había llegado, dos días después de la muerte de Eddie. Su pelo rapado aún estaba erizado y todavía podía romper piedras con la barbilla, pero el demonio de la violencia parecía haberle abandonado-. ¿Crees que se recuperará?

-¿El? Claro -Harry ladeó la cabeza y sonrió.

-No fue el primero en ver a Little Eddie, ¿no?

-No, fue papá. Supongo que vio la luz encendida en el ático cuando regresó. Aunque Albert también subió. Supongo que había tanta sangre que papá pensó que alguien había entrado en casa y había matado a Eddie. Pero sólo se golpeó la cabeza, y de ahí venía toda la sangre.

-Las heridas en la cabeza sangran como diablos -dijo Sonny-. Un tipo me golpeó con una botella cuando estaba en Tokio. Pensé que me iba a morir desangrado allí mismo.

-¿Y las cosas de mamá estaban todas revueltas? -preguntó George en voz baja.

Esta vez, Sonny alzó la vista.

-Supongo que sí. La percha estaba volcada. Papá limpió lo que pudo al día siguiente. Una de las sillas se rompió, y un trozo de la mesa de teca también. Y el espejo se quebró en un millón de pedazos.

Sonny sacudió la cabeza y emitió un leve silbido.

-Es una mujer dura -dijo George-. Ahí viene, así que tenemos que dejarlo, Harry. Pero podemos hablar esta noche.

Harry asintió.

12

Esa noche, después de que Maryrose se fuera a la cama (el hospital le había concedido dos días de permiso), Harry se sentó a la mesa de la cocina frente a George, quien claramente tenía algo que decir. Sonny se había pulido él solo seis latas de cerveza delante de la televisión y se había acostado. Albert había desaparecido poco después de la cena, y su padre no había llegado a salir de su habitación, junto al cuarto de los trastos.

-Me alegro de que Pete Petrosian viniera -dijo George-. Es un buen tipo. Y servicial.

A Harry le sorprendía que George llamara al vecino por su nombre; él ni siquiera estaba seguro de haberlo oído antes.

El señor Petrosian había sido la única visita aquella tarde. Harry comprobó que su madre agradecía que hubiera venido alguien, y a pesar de sus preparativos, no quería más compañía después de que el señor Petrosian se hubiera marchado.

-Me parece que me tomaré una cerveza, si es que Sonny no se las ha bebido todas -dijo George, y se levantó y abrió el frigorífico.

El uniforme parecía pintado sobre su cuerpo, y sus músculos sobresalientes se movían como los de un caballo.

-Quedan dos -dijo-. Menos mal que eres menor de edad. George descorchó las dos botellas y volvió a la mesa. Hizo un guiño a Harry y luego se llevó la primera botella a la boca y tomó un buen trago.

-¿Qué demonios estaba haciendo Little Eddie ahí arriba? ¿Probándose los vestidos?

-No lo sé -respondió Harry-. Yo dormía.

-Demonios, sé que había perdido el contacto con Little Eddie, pero tengo la impresión de que se asustaba de su propia sombra. Me sorprende que tuviera valor para subir y curiosear entre los preciosos bártulos de mamá.

-Sí -dijo Harry-. A mí también.

-No subirías con él, ¿no? -George se llevó la botella a la boca y volvió a guiñarle un ojo.

Harry le devolvió la mirada. Pudo sentir que su cara se acaloraba.

-Estaba pensando que tal vez viste lo que le pasó a Little Eddie y tuviste miedo de contarlo. Nadie se enfadaría contigo por eso, Harry. Nadie te echaría la culpa de nada. No podrías saber cómo ayudar a alguien con un ataque epiléptico. Little Eddie se tragó la lengua. Aunque hubieras estado a su lado cuando lo hizo y hubieras tenido suficiente presencia de ánimo para llamar a una ambulancia, habría muerto antes de que llegaran. A menos que supieras qué pasaba y cómo corregirlo. Cosa que nadie esperaría de ti, ni en un millón de años. Nadie podría echarte la culpa de nada, Harry, ni siquiera mamá.

-Estaba dormido -dijo Harry.

-De acuerdo, de acuerdo. Sólo quería que lo supieras.

Permanecieron un rato en silencio, y luego los dos hablaron a la vez.

-¿Sabías que...?

-Tenemos...

-Lo siento -dijo George-. Continúa.

-¿Sabías que papá estuvo en el ejército? ¿En la segunda guerra mundial?

-Sí, lo sabía. Claro que lo sabía.

-¿Sabías que cometió el crimen perfecto?

-¿Qué?

-Papá cometió el crimen perfecto. Cuando estaba en Dachau, el campo de exterminio.

-¡Oh, Dios! ¿Estabas hablando de eso? Tienes una forma curiosa de ver las cosas, Harry. Le disparó a un enemigo que intentaba escapar. Eso no es asesinato. Es la guerra. Hay una enorme diferencia.

-Me gustaría ver cómo es la guerra -dijo Harry-. Me gustaría estar en el ejército, como vosotros y papá.

-Para el carro, para el carro -dijo George, ahora sonriendo-. Ésa es una de las cosas de las que quería hablarte -soltó la botella de cerveza, se frotó las manos, y miró a Harry. Obviamente, iba a ser algo muy serio-. Sabes, yo era loco y estúpido, es la única manera de expresarlo. Solía buscar pelea. Estaba resentido y dejar a alguien en coma era mi idea de diversión: El ejército me hizo mucho bien. Me hizo crecer. Pero no creo que a ti te haga falta eso, Harry. Eres demasiado listo... Si tienes que ir, irás, pero de todos nosotros eres el que podría conseguir algo en la vida. Podrías ser médico. O abogado. Deberías conseguir la mejor

Librodot

educación posible, Harry. Lo que tienes que hacer es no meterte en problemas, e ir a la universidad.

-¡Oh, la universidad! -dijo Harry.

-Escúchame, Harry. He ganado mi buen dinero, y no tengo nada en qué gastarlo. No voy a casarme y tener hijos, eso está claro. Así que quiero hacerte una proposición. Si no te metes en líos y apruebas el bachillerato, te ayudaré en !a universidad. Tal vez puedas conseguir una beca. Creo que eres lo bastante listo, Harry, y una beca sería algo magnífico. Pero de todas formas, me encargaré de que lo consigas -George vació la primera botella, la depositó sobre la mesa, y dirigió a Harry una mirada burlona-. Al menos que una persona de la familia vaya por buen camino. ¿Qué dices?

-Supongo que será mejor que siga leyendo -dijo Harry.

-Espero que lo hagas hasta que se te caiga el culo, amiguito -dijo George, y cogió la segunda botella de cerveza.

13

Al día siguiente de la marcha de Sonny, George puso todos los juguetes y ropas de Eddie en una caja y la metió en la habitación de los trastos; dos días después, George cogió un autobús para Nueva York, desde donde podría volar a Munich a partir de Idlewild. Una hora antes, George llevó a Harry a Big John's y lo atiborró de hamburguesas y patatas fritas.

-Probablemente echarás de menos a Eddie, ¿verdad? -dijo.

-Supongo -respondió Harry, pero la verdad era que Eddie ahora era sólo una vacante, un espacio en blanco.

A veces se cerraba una puerta y Harry pensaba que Little Eddie acababa de entrar; pero cuando se volvía a mirar, sólo veía el vacío. Con la pregunta de George, formulada una semana antes, fue la última vez que Harry oyó a alguien pronunciar el nombre de su hermano.

En los siete días que habían pasado desde aquella tarde maravillosa en Big John's y la marcha de George Beevers, todo parecía haber vuelto a ser como antes, pero Harry sabía que en realidad había cambiado todo. Habían sido una familia dividida de cinco miembros, dos padres y tres hijos. Ahora parecían ser una familia de tres, y Harry pensaba que la auténtica verdad era que la familia había quedado reducida a dos, su madre y él.

Edgar Beevers había abandonado su casa: también él era una ausencia. Tras dos visitas de la policía, que aparcaron sus coches justo delante de la casa, después de escuchar a su madre murmurar expresiones de disgusto, después del espectáculo de su padre, pálido e impreciso, pero sobrio y afeitado, intentando atarse el nudo de la corbata delante del espejo del cuarto de baño, Harry aceptó por fin que su padre había sido sorprendido robando. Su padre tenía que ir a juicio, y estaba asustado. Le temblaban tanto las manos que no pudo afeitarse, y al final Maryrose tuvo que hacerle el nudo de la corbata. Lo hizo con uno, dos, tres rápidos movimientos tan brutales como el descenso de un cuchillo, sin quitarse el cigarrillo de la boca.

«Vecino derrotado por la pena perdonado de acusación de robo», decía el titular del articulito aparecido en el periódico de la tarde que por fin explicaba el crimen de su padre. Edgar Beevers había sido detenido en la calle con dos chuletas escondidas dentro de la camisa y una botella de cerveza Rheingold en cada uno de los bolsillos. ¡Había robado dos chuletas! ¡Se había metido dos botellas de cerveza en los bolsillos! Esto hizo a Harry sentir que sudaba por dentro. El juez le había enviado a casa, pero no había vuelto. Durante una temporada, Harry pensó que su padre había deambulado por la carretera vieja y había dormido en solares vacíos con borrachos y vagabundos (al parecer entonces le había recogido una mujer).

Albert era otro misterio. Era como si una criatura del espacio exterior se hubiera apoderado de él y estuviera utilizando su cuerpo, como en La invasión de tos ultracuerpos. Parecía como si Albert pensara que siempre había alguien tras él, vigilando cada movimiento que hacía. Aún llevaba ese pedazo de lengua, y muy pronto, pensaba Harry, se acostumbraría tanto a ella que olvidaría que la tenía.

Tres días después de que George se marchara de Palmyra, Albert había seguido a Harry de camino a Big John's. Harry se había dado la vuelta en la esquina y había visto detrás a Albert, con sus vaqueros negros y su camiseta manchada de grasa, con las manos metidas en los bolsillos y mirando el suelo. Aquélla era la forma que Albert tenía de hacerse el invisible. La siguiente vez que se dio la vuelta, Albert gruñó:

-Sigue andando.

Harry se puso a jugar con la máquina tragaperras en cuanto entró en Big John's. Albert entró unos pocos minutos después y se encaminó directamente a la barra. Cogió una de las cartas de menú de un estante junto a un servilletero y la inspeccionó, como si no la hubiera visto nunca antes.

-¡Eh!, dejadme que os presente, muchachos -dijo Big John, apoyado contra el mostrador. Como Albert, llevaba vaqueros negros y botas de motociclista, pero su pelo negro, atrevidamente largo para los años cincuenta, le caía por encima de las orejas. Bajo el delantal blanco manchado llevaba una camisa negra de mangas largas con un bordado de palmeritas azules-. Sois los chicos Beevers, Harry y Bucky. Deciros hola, chicos.

Bucky Beaver era un roedor dentón de uno de los anuncios de la tele. Albert se puso colorado, y siguió mirando fijamente su menú.

-Llámame Cerebro -dijo Harry, y sintió que la mirada sorprendida de Albert caía sobre él.

-Cerebro y Bucky, los chicos Beevers -dijo Big John-. Bien, Buck, ¿qué vas a tomar?

-Hamburguesa, patatas fritas y batido -dijo Albert.

Big John se dio la vuelta y gritó la orden a través de la ventanilla que daba a la cocina de Mama Mary. Durante un rato, los tres permanecieron en silencio.

-Me he enterado que vuestro viejo ha encontrado un sitio nuevo donde colgar el sombrero -dijo entonces Big John-. Su nueva novia es una auténtica lunática, por lo que he oído decir. Pasó una temporada en el hospital del condado. Escuchaba mensajes del espacio exterior. ¿Me habéis oído?

-va a volver a casa muy pronto -dijo Harry-. No tiene ninguna novia nueva. Está viviendo con una vieja amiga. Es una señora rica, y quiere ayudarle porque sabe que tiene muchos problemas y va a conseguirle un buen trabajo, y luego volverá a casa, y podremos trasladarnos a una casa mejor y todo.

No lo había visto moverse, pero Albert se materializó a su lado. Furia, ira y miseria distorsionaban su cara. Harry sólo tuvo tiempo de gritar una vez, y luego Albert le golpeó con el puño en el pecho y le hizo chocar contra la máquina tragaperras.

-Apuesto a que eso te hace sentir bien -dijo Harry, incapaz de contener la rabia-. Apuesto a que te gustaría matarme, ¿eh? ¿Eh, Albert? ¿Qué te parece?

Albert dio dos pasos atrás y bajó las manos, impasivo, encerrado en sí mismo.

Durante un segundo en el que la respiración le falló y una luz deslumbrante le llenó los ojos, Harry vio a Little Eddie ante él. Entonces Big John salió de la nada con una gran hamburguesa y una montaña de patatas fritas en un plato, y dijo:

-Tranquilos, chicos. Es hora de que Rocky se tome la cena. Aquella noche Albert no dijo nada a Harry mientras yacían en la cama. Ni se quedó dormido. Harry supo que durante la mayor parte de la noche Albert cerró los ojos y simuló que lo hacía, como una zarigüeya en problemas. Harry intentó permanecer despierto para ver cuándo el falso sueño de Albert se fundía con el real, pero se quedó dormido mucho antes.

Corría por el pasillo de piedra de un castillo pasando armaduras y antorchas colgadas de unos candelabros. Su vejiga iba a estallar, tenía que aliviarla, no podía aguantar más que otros

Librodot

pocos segundos... Por fin llegó a la puerta abierta del cuarto de baño y entró corriendo en aquel lugar brillante y espléndido. Empezó a hurgar en su cremallera, y buscó al mayordomo en la fila de orinales de mármol. Entonces se quedó paralizado. Little Eddie estaba ante él, no el mayordomo uniformado. La sangre corría en un flujo llamativo desde una brecha que tenía en la frente y se deslizaba por su cuello, como si fuera pintura. Litle Eddie hacía señas frenéticamente a Harry, con los ojos brillantes e histéricos, meneando la boca pero sin emitir ningún sonido porque se había tragado la lengua.

Harry se sentó en la cama, a punto de gritar, y luego se dio cuenta de que estaba en el dormitorio y que Little Eddie se había ido. Corrió escalera abajo hacia el cuarto de baño.

14

A las dos de la tarde del día siguiente, Harry Beevers tenía las mismas ganas de orinar, pero esta vez se encontraba muy lejos del cuarto de baño. Harry permanecía al sol, en la calle, frente al número 45 de Oldtown Way, la callecita que conectaba los hoteles de paso, bares y cines de Oldtown Road con los hoteles más respetables, almacenes y restaurantes de la avenida Palmyra, el auténtico centro comercial. El número 45 de Oldtown Way era un edificio de ladrillo de cuatro plantas con un exoesqueleto de escaleras de incendio. Las ventanas de la planta baja estaban cubiertas de barrotes de hierro. A un lado del edificio se encontraban los grandes escaparates de una zapatería, y al otro, un solar vacío donde los ladrillos sueltos y los cascos de botellas rotas se apilaban entre los dientes de león y las flores silvestres. El padre de Harry vivía en aquel edificio ahora. Todo el mundo lo sabía, y ya que Big John se lo había dicho, también ahora lo sabía Harry.

Daba saltitos de una pierna a otra, esperando que saliera una mujer por la puerta principal, que estaba tan sucia y descascarillada como la suya propia, y un cristal roto en lo alto. Harry había comprobado los buzones ante la puerta buscando el nombre de su padre, pero ninguno tenía escrito nada. Big John no sabía el nombre de la mujer que había recogido al padre de Harry, pero dijo que era grande, morena, y además estaba loca, y que tenía dos hijos en adopción. Una media hora antes, una mujer morena había salido por la puerta, pero Harry no la había seguido porque no le había parecido particularmente grande. Ahora empezaba a sentir dudas. ¿Qué entendía Big John por «grande»? ¿Tan grande como él? ¿Y cómo se podía saber si alguien estaba loco? ¿Se notaba? Tal vez debería de haber seguido a aquella mujer. Este pensamiento le hizo sentirse todavía más ansioso, y apretó las piernas.

Su padre estaba ahora en aquel edificio. Harry lo imaginó tendido en una cama sin hacer, con el viejo abrigo de invierno puesto, el sombrero caído sobre la frente como Lepke Buchalter, fumando un cigarrillo, y mirando melancólicamente por la ventana.

Entonces tuvo que orinar con tanta urgencia que atravesó corriendo la calle y entró en el solar vacío. Cerca de la tapia negra los altos brotes le dieron un poco de protección. Frenéticamente, hurgó en su bragueta y dejó que el flujo amarillo salpicara un montón de ladrillos rotos. Harry miró el edificio. Parecía muy alto, como si se encorvara ligeramente sobre él. Las cuatro ventanas de cada planta le miraban, neutras y sin rasgos. Mientras se subía la cremallera, escuchó que la puerta delantera del edificio se cerraba de golpe.

Su corazón también martilleó. Harry se agazapó entre los altos brotes blancos. El miedo de que se dirigiera hacia el otro lado, hacia el centro comercial, le hizo cruzar los dedos detrás de la espalda. Se figuró que si esperaba unos cinco segundos sabría si iba hacia la avenida Palmyra y podría cruzar el solar a tiempo de ver hacia dónde giraba. Los nudillos le crujieron. Se sentía como un soldado escondido en un bosque, como un arma asesina.

Se puso en pie y se preparó a cruzar la calle, porque un carro de reparto vacío, seguido de cerca por una panza móvil con una cabeza diminuta, zapatos de béisbol. v un cigarrillo

ondeando en su boca como una bandera, había salido del edificio. Podía volver y seguir esperando al otro lado de la calle. Harry se sentó y contempló al estómago pasar a su lado. Entonces una sombra se separó del gordo, y se convirtió en una mujer morena vestida con un traje largo que adelantaba al carro de reparto. Miró hacia atrás y Harry vio que era alta como una reina y que su piel era oscura como una aceituna. Profundas arrugas surcaban sus mejillas. Tenía que ser la mujer que había recogido a su padre. Sus largas zancadas la habían hecho dejar atrás al gordo del carro de reparto. Harry salió corriendo y empezó a seguirla por la acera.

La mujer de su padre caminaba de una manera firme y determinada. Bajó de la acera para adelantar a la gente que caminaba demasiado despacio para ella. En la esquina de Oldtown Road rodeó a un grupo de hombres que se pasaban una botella envuelta en una bolsa de papel y cruzó por en medio de dos niños negros que jugaban al baloncesto. Andaba rápidamente, y Harry tuvo que apresurarse para no perderla de vista. «Apuesto a que no me creerá», se dijo, practicando, y dejó atrás al grupo de borrachines de la esquina.

Aceleró el paso. Los dos niños negros que jugaban al baloncesto le ignoraron cuando pasó por su lado y continuaron jugando. A lo lejos, la mujer morena pasó directamente un brillante cartel de neón en el escaparate de un bar. Su trasero se movía adelante y atrás dentro del traje suelto, sorprendentemente grande cada vez que se marcaba en la tela; su espalda parecía tan enorme como la de un león.

«¿Qué me diría si le dijera...?», se dijo Harry.

Manzana y media por delante, la mujer se dio la vuelta y atravesó la puerta de la tienda A&P. Harry recorrió de prisa el resto del camino, empujó la puerta de madera amarilla con el cartel de «ENTRE», y se internó en el aire denso y húmedo del almacén. Otras tiendas A&P tal vez tuvieran aire acondicionado, pero no este pequeño almacén de Oldtown Road.

¿Qué significaba aquello de que tenía hijos adoptados? ¿Te daban dinero a cambio de tus hijos?

Los hijos de una buena persona nunca deberían estar bajo tutela, pensó Harry. Vio a la mujer girando en el tercer pasillo junto a la caja registradora. Vio con sorpresa que la mujer era más alta que su padre. Si se lo dijera, puede que no me creyera. Lentamente, dobló la esquina del pasillo. La mujer permanecía de pie a unos veinte metros de él, llevando en la mano una cesta metálica. Dio un paso al frente. Lo que tengo que decirle parece... Palpó el alfiler insertado en el cuello de su camisa para que le diera buena suerte. La mujer miraba un estante lleno de brillantes bolsas de patatas fritas. Harry se aclaró la garganta. La mujer cogió una bolsa grande y la colocó en la cesta.

-Discúlpeme -dijo Harry.

La mujer volvió la cabeza para mirarle. Su cara era igual de ancha que, larga, y a la débil luz de las bombillas su piel parecía de un marrón muy pálido. Harry sabía que estaba ante un igual. Parecía como si la mujer pudiera hacer magia, como si pudiera lanzar fuego y chispas por sus fieros ojos negros.

-Apuesto a que no me cree -dijo-, pero un chaval puede hipnotizar a la gente igual que un adulto.

-¿Cómo dices?

Sus propias palabras le parecían ahora una locura, pero se atuvo al guión.

-Un chaval puede hipnotizar a la gente. Yo puedo hipnotizar a la gente. ¿Lo cree?

-Creo que no me importa -dijo la mujer, y se dio la vuelta.

-Apuesto a que no cree que puedo hipnotizarla -dijo Harry.

-Chico, lárgate.

Harry supo súbitamente que si continuaba hablando de hipnotismo la mujer seguiría andando y le ignoraría, no importándole lo que dijera, o que empezaría a llamar a gritos al encargado.

-Me llamo Harry Beevers -dijo-. Edgar Beevers es mi padre. La mujer se detuvo y se volvió para mirarle a la cara. Vertiginosamente, Harry vio una pared de alambre de espino ante él, una oscura muralla verde de árboles al otro extremo de la barrera.

-Me pregunto si le llama usted «Cerebro» -dijo Harry.

-¡Oh, magnífico! -respondió la mujer-. ¡Magnífico! De modo que eres uno de sus hijos. Muy bien. «Cerebro» quiere patatas fritas, ¿qué quieres tú?

-Quiero que se caiga y se golpee la cabeza y se trague la lengua y muera y la entierren y la gente le eche tierra encima -dijo Harry. La mujer abrió la boca-. Luego quiero que reviente. Quiero que se pudra. Quiero que se vuelva verde y negra. Quiero que la piel se le caiga de los huesos.

-¡Estás loco! -le gritó la mujer-. ¡Tu familia entera está loca! ¿Crees que tu madre le sigue queriendo?

-Mi padre nos disparó por la espalda -dijo Harry, y se dio la vuelta y salió corriendo pasillo abajo.

Cuando salió a la calle, empezó a trotar hacia Oldtown Road. Después de llegar a Oldtown Way giró a la izquierda. Cuando pasó corriendo por el número 45, miró todas las ventanas. Sentía la cara, las manos, todo el cuerpo, caliente y mojado. Pronto le dolió el costado. Harry parpadeó y vio una oscura fila de árboles, una pared de alambre de espino ante él. Giró hacia la avenida Palmyra. Desde allí podría continuar corriendo hasta pasar las ventanas tapadas de Alouette's y los almacenes viejos y nuevos para llegar a la esquina de Livermore, y desde allí, advirtió ahora, la casita que pertenecía al señor Petrosian.

15

Once años después, en una tarde sofocante en el campamento de las Tierras Altas Centrales de Vietnam, el teniente Harry Beevers cerró la puerta de su tienda para protegerse de los mosquitos y se sentó en el filo de su camastro temporal para escribir una carta largamente retrasada a Pat Caldwell, la mujer con la que quería casarse... y con la que estaría casado durante una temporada después de regresar de la guerra.

Esto es lo que escribió, después de frecuentes dudas y titubeos. Al terminar, Harry destruyó la carta.

Querida Pat:

Antes que nada quiero que sepas lo mucho que te echo de menos, querida, y que si alguna vez salgo de este hermoso y terrible país, que es lo que voy a hacer, voy a perseguirte sin piedad hasta que me digas que te casarás conmigo. Tal vez con la euforia del alivio (¡Sí!), tengo todo el futuro planeado, Pat, y eres una parte importante de él. Me faltan ochenta y seis días para licenciarme, y luego me darán una palmadita en la cabeza y me meterán en el pájaro que me sacará de aquí. Ahora que mi historial vuelve a estar limpio, no tengo dudas de que la Facultad de Derecho de Columbia me aceptará. Como sabes, mi puntuación en leyes fue muy alta (¡modesto de mí!) cuando estuve en Adelphi. Estoy seguro de que incluso podría ingresar en Harvard, pero me he decidido por Columbia para que los dos podamos estar en Nueva York.

Mi hermano George ya ha dicho que nos proporcionaría todo el dinero que necesitemos. George me ayudó a entrar en Adelphi. Creo que no lo sabías. En realidad, no lo sabe nadie. Ahora que lo pienso, en el colegio fui un cretino. Quería que todo el

mundo pensara que mi familia era rica, o al menos que pertenecía a la clase media. La verdad es que éramos pobres como ratas, lo que pienso que convierte mis aspiraciones en mucho más valiosas, más dignas de amor.

Verás, esta experiencia, a pesar de todos los momentos feos, dudosos y humillantes, me ha hecho mucho bien. Acerté viniendo aquí, aunque no tenía idea de cómo era realmente. Creo que necesitaba que la experiencia de la guerra me completara, y te digo esto aunque sé que detestarás la idea. En realidad, tengo que decirte que una gran parte de mi ser ama estar aquí, y que de cierta manera, a pesar de todo este lío, este año será uno de los puntos culminantes de mi vida. Pat, como ves, estoy decidido a ser sincero..., a ser un hombre honesto. Si voy a ser abogado, tendré que ser honesto, ¿no crees? (¡O tal vez la realidad sea lo contrario!) Una cosa que ha significado muchísimo para mí ha sido lo que sólo puedo llamar la intima camaradería de mis amigos y de mis hombres... La verdad es que me gustan más los reclutas que los oficiales, lo que por supuesto significa que son más leales hacia mí y actúan mejor que con el teniente al uso. Me gustaría que llegaras a conocer algún día a Mike Poole y Tim Underhill y Pumo, el Puma; y al más sorprendente de todos, M. O. Dengler, quien, por supuesto, estuvo conmigo en el incidente de la cueva de la Thuc. Esos tipos se pirran por mí. Incluso tengo un mote, «Cerebro». Me llaman «Cerebro» Beevers, y me gusta.

No había manera posible de que la corte marcial me hubiera creado problemas, porque todos los hechos, y mis propios hombres, estaban de mi parte. Además, ¿me imaginas matando niños? Esto es Vietnam y matamos gente, eso es lo que estamos haciendo aquí: matamos Charlies. Pero no matamos bebés y niños. Ni siquiera en el calor de la batalla... ¡y en la Thuc hacía bastante!

Bien, esto es una manera de hacerte saber que en la corte marcial, por supuesto, recibí una exoneración completa y total. Lo mismo pasó con Dengler. Incluso se ha rumoreado de manera no oficial que nos van a dar una medalla por todos los malos tragos que hemos pasado en las últimas seis semanas... incluyendo esa historia sorprendente en la revista Time. Antes de que la gente empezara a gritar nombrando atrocidades, deberían ver los hechos con propiedad. Afortunadamente, las revistas de la semana pasada acaban con el resto de la mierda.

Además, sé demasiado bien qué es lo que la muerte le hace a la gente. Nunca te he contado que tenía un hermano menor llamado Edward. Cuando yo tenía diez años, mi hermano estaba jugando en el ático de nuestra casa una noche y sufrió un ataque epiléptico fatal. Este suceso destruyó virtualmente a mi familia. Condujo directamente al hecho de que mi padre se marchara de casa (fue un héroe de la segunda guerra mundial, otra cosa más que no te he dicho nunca). Cambió profundamente, yo diría que incluso dañó, a mi hermano mayor, Albert. Albert trató de alistarse en 1964, pero no lo dejaron porque dijeron que era psicológicamente no apto. También mi madre se retrajo. Solía subir al ático y se ponía a llorar y no bajaba de allí. Así que podrías decir que mi familia quedó destruida, o arruinada, o como quieras llamarlo, por una muerte repentina. Yo mismo me la tomé muy a pecho, junto con la deserción de mi padre. Esas cosas nunca se superan con facilidad.

La corte marcial duró exactamente cuatro horas. Qué cosa, ¿eh?, como solíamos decir en Palmyra. Teníamos un vecino llamado Pete Petrosian que decía cosas parecidas, y que contra todo pronóstico murió exactamente de la misma manera que mi hermano, unas dos semanas después. Parece que es cierto que el rayo golpea dos veces. Supongo que es una tontería pensarlo ahora, pero tal vez una cosa que la guerra

Librodot

consigue es que te pone en contacto con la muerte. Cómo sucede, qué le hace a la gente y lo que significa, cómo todos los muertos de tu vida están unidos de alguna manera y son parte de tu familia eterna. Esto es un sentimiento profundo, Pat, y ninguna puñetera corte marcial puede tocarlo. Si había algún niño inocente en aquella cueva, entonces están en mi familia para siempre, como el pequeño Edward y Pete Petrosian, y el resto de mi vida es un poema consagrado a ellos. Pero el Ejército dice que no los había, y yo también.

Te quiero y te quiero y te quiero. Ahora puedes dejar de preocuparte y empezar a pensar en que vas a casarte con un estudiante de leyes de Columbia con un futuro magnífico por delante. No te contaré más historias de guerra de las que quieras oír. Y eso es una promesa, ya sean las historias sobre el Nam o sobre Palmyra.

Siempre tuyo, Harry
(¡alias «Cerebro »!)

Librodot